3 1761 07510906 6

35/25

Sofia

Y

ENRIQUE.

4457s

Sofía y Enrique,

Novela original,

ESCRITA Y DEDICADA

A SU ALTEZA REAL

la Serenísima Señora Infanta

DOÑA MARIA FRANCISCA DE ASIS,

por la Señora

DOÑA VICENTA MATURANA

DE GUTIÉRREZ.

TOMO PRIMERO.

323167
10. 1. 36.

Madrid.

Imprenta de la viuda de Villalpando.

1829.

SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA

DOÑA

MARIA FRANCISCA DE ASIS.

Al ofrecer á V. A. R. esta obrita, como un público testimonio de mi profundo respeto y viva gratitud, no buscaré para hacerlo espresiones lisonjeras, ni un vano incienso que V. A. está muy lejos de necesitar, y que su alma noble y verdaderamente grande miraria con des-

den. Pero la mia conservará siempre el recuerdo de la generosa y amable condescendencia con que la esquisita sensibilidad de V. A., juzgando por su maternal ternura, de la que llena mi corazon, me permitió seguir sus pasos en el recinto Real de las señoras Religiosas de san Francisco de Sales, para que tuviese la dulce complacencia de estrechar en mis brazos á la mayor de mis hijas, que alli se educa. La grata memoria de aquel momento delicioso, y la bondad singular de la mano augusta á quien lo debí, me llena de gloria, y será tan duradera como mi existencia. Y aunque mi reconocimiento no puede aumentarse, me atrevo, sin embargo, á ofrecer á

los Reales Pies de V. A., como una humilde prueba de mis ardientes deseos de corresponder á tan señaladas mercedes, este fruto de mi corto ingenio, que si logra la ventura incomparable de que V. A. se digne acogerlo, permitiendo lleve al frente su augusto nombre, quedarán colmadas mis esperanzas, y obtendrá el mas distinguido, y tal vez el único título, que pueda merecer, para la pública recomendacion.

Serenísima Señora.

A L. R. P. de V. A.

Su respetuosa y agradecida servidora

J. Vicenta Maturana de Gutierrez.

PROLOGO.

Cuatro años hace que la novela que ofrezco al público, se hallaba concluida en mi cartera, sin pensar en retocarla, ni por consiguiente darla á luz. La suma desconfianza con que miro cuanto sale de mi pluma, por un lado, y las ocupaciones domésticas de una numerosa familia, por otro, me quitaban el tiempo, y el ánimo para revisar mi obrita y ocuparme en su impre-

sion. Pero el entusiasmo con que miro á mi pátria y á mi sexo, (á quien creo con mas talentos, mas razon, y mas aptitud para todo, de lo que se juzga en general), ha despertado en mí el deseo de estimular con mi ejemplo al número crecido de jóvenes, que reciben en el dia una educacion mas esmerada, que la que se las daba en España en mi primera juventud, para que aprovechándola, hagan resplandecer, en obras útiles y amenas, aquel vivo ingenio, y aquellas sales y riqueza de imaginacion, que solo la envidia y la mala voluntad de los estrangeros, puede negar á las españolas; pero

que rebosa en sus conversaciones familiares, siendo el encanto de los mismos que nos suelen tachar de necias y sin educacion. Solo el temor de singularizarse, y la probable seguridad de atraer los tiros de la envidia y la ignorancia, hace que sea tan corto el número de las que han escrito, al paso que la Francia, la Inglatera y otras naciones de Europa, cuentan un número tan crecido como distinguido de autoras, que con sus obras han honrado su pátria, su sexo y su propio nombre.

No es mi ánimo ni deseo, el de fomentar la pedantería, tan intolerable en las mugeres; ni

tampoco un gusto esclusivo á la literatura, que las separe de los deberes de madres y de esposas; ¿pero qué inconveniente resulta de que las horas que han de emplear en la distraccion y en el descanso, las dediquen á enriquecer su entendimiento, y á producir composiciones útiles y agradables? ¿será mas conveniente que sus momentos de recreo ó de descanso los empleen en el ocio, pasatiempo ó juego, que con la pluma en la mano haciendo una bella oda, ó el capítulo de un tratado de educacion? En fin, yo creo útil que lleguen las mugeres á persuadirse, que las rosas de la juven-

tud y de la belleza, se marchitan muy pronto; que un esposo se fastidia facilmente de un lindo autómata, que no varia sus goces con atractivos que no sean materiales, y que si no quieren ser condenadas en la vejez á un total olvido, es preciso que llamen al ingenio, y á los talentos adquiridos, á su socorro, para que á la hermosura esterior que atrae, se unan los atractivos del alma, que fijan y aseguran el imperio durable y triunfador de la inconstancia, y de la fria ancianidad.

Ningunas mas capaces, á mi entender, que las españolas, para conseguir este objeto, y sobre-

salir en cuanto quieran dedicarse. La historia está llena de ejemplos de esta verdad. ¿Cuantas no han ilustrado el trono, con talentos y con virtudes, que las han colocado entre los mas grandes reyes? ¿Cuantos rasgos de valor, de heroismo y de todas las virtudes públicas y privadas, no han dado en todos tiempos? ¿Cuántas muestras, en fin, de ingenio, las pocas que se han dedicado á la literatura? No es mi esperanza la de colocar mi humilde nombre entre los suyos; sino la de despertar con mi ejemplo la noble emulacion de algunas jóvenes, que cultivando sus talentos, puedan ser en breve las

rivales de una Genlis, de una Deshoulieres y de una S'taël: si consigo este objeto, mi ambicion quedará satisfecha, y daré por bien empleado el haberme ofrecido á los tiros de la crítica, de la rivalidad y del desden.

SOFÍA

Y

Enrique.

A las frescas márgenes del profundo y caudaloso Tajo, célebre por sus puras y cristalinas aguas, por sus arenas de oro, y mucho mas por los célebres guerreros, y sabios profundos que han nacido á sus orillas; y á pocas leguas de la capital de

España, está situado el bello sitio de Aranjuez, morada de los Reyes en los meses floridos de la primavera. Un palacio magnífico se eleva á la margen del agua, rodeado de cascadas estrepitosas, de jardines deliciosos y dilatados, y de bellos edificios destinados á las personas de la corte, que el Rey y su augusta familia conducen en su séquito; y que hermosean el resto de la pequeña poblacion, compuesta de casas graciosas, aunque sencillas y tiradas á cordel, estando construidas entre alamedas de corpulentos árboles, que se estienden en todas direcciones por fuera de la poblacion á larga distancia. Un sin número de fuentes cristalinas, que se encuentran á cada paso, las arcadas magestuosas que se comunican de unos edificios á otros, reservando de los ardientes rayos del sol, dan al todo de la poblacion un aspecto noble y

pintoresco que deleita la vista y recrea la imaginacion; todo es bello en fin, todo es delicioso en este sitio célebre, y comparado al antiguo Edén; asi las personas mas distinguidas por su nacimiento y su opulencia, se apresuran á trasladarse á él, en seguimiento de la corte, y aquellos jardines frondosos engalanados ya con todo el lujo de la naturaleza, adquieren un nuevo adorno con la brillante concurrencia que los ocupa á todas horas, y en la que las bellezas de la corte ponen todo su conato en sobresalir, tanto por sus atractivos personales, como por la elegancia, delicadeza y bello gusto de sus adornos; pero asi como el sol destierra el trémulo brillo de las estrellas, asi la joven Sofía, hija única del Conde de C., habia eclipsado en tan brillante reunion las bellezas de cuantas hermosuras habian aspirado jus-

tamente á conseguir un tributo de admiracion. Unos ojos rasgados, brillando con la espresion sublime del ingenio; bien que mezclada con una tintura la mas interesante de modestia y de candor; una fisonomía llena de regularidad, y de dulzura, en la que se retrataba toda la bondad de su caracter, y toda la benevolencia de su hermoso corazon; y un cuerpo en fin, hecho á torno, y adornado de toda la soltura, de toda la gracia, y de toda la dignidad que se admira en las mas bellas estátuas de la antigüedad, formaban un conjunto encantador, al que las gracias de la juventud, y las rosas del pudor, daban un nuevo atractivo. Su padre hacia cinco años que se hallaba en el nuevo mundo, desempeñando una comision de su Soberano de la mayor importancia, y Sofía, que entonces tenia apenas doce, habia queda-

do al cuidado de su virtuosa y respetable madre, que desde la marcha de su esposo se habia consagrado en el retiro á perfeccionar la educacion y á formar el corazon de su hija, objeto de toda su ternura. Nadie mas capaz que la Condesa de esta obra, harto dificil, pues unía á una virtud la mas sólida, un talento é instruccion poco comun, mezclado á la prudencia y bondad necesaria para hacerse amar y obedecer de su hija, sin violencia ni repugnancia. Cinco años consagrados á esta ocupacion, no la habian parecido penosos; pero una grave enfermedad habia interrumpido sus tareas, y hecho temer por su vida, poniendo á Sofía en la mayor consternacion. Sin separarse un momento del lecho de su madre, devorando sus lágrimas por no afligirla, y dirigiendo incesantes votos á Dios por su salud, al paso que agotaba

cuantos medios para salvarla la dictaba su amor filial, habia al fin tenido el consuelo de que sus súplicas fuesen oidas, viéndola ya fuera de riesgo. Los médicos le habian aconsejado pasase á Aranjuez, opinando que los frecuentes paseos, el puro aroma de las flores que se respira en aquellos bellos jardines, y la distraccion, restablecerian sus fuerzas, y la harian prontamente convalecer; y la Condesa, que ya deseaba empezar á acostumbrar á su hija á las escenas del gran mundo, que al fin no podria evitar, cedió sin dificúltad á este consejo; pero proponiéndose velar incesantemente al lado de su hija, y ver qué impresion hacian en su alma sensible y pura, tanto las virtudes como las ridiculeces y los vicios de los hombres.

Sofía se habia preparado á este viage con toda la impaciencia y con todo el en-

tusiasmo con que un alma nueva mira todos los proyectos que salen de la línéa ordinaria de sus ocupaciones. Sin el necio engreimiento de una coqueta, no ignoraba que era hermosa, y la idea de presentarse en una concurrencia brillante y llena de la primera juventud de la corte, hacia palpitar su corazon, y poner en su adorno mas esmero que hasta entonces. Pero su gusto naturalmente sencillo, y la moderacion que su madre habia sabido inspirarla, presidieron á su tocador el primer dia que la Condesa resolvió presentarse en el jardin de la Isla. Un sombrerillo de paja de Italia, blanco y sin mas adorno que un velo de gasa, y unas cintas del mas bello gusto, un vestido de muselina de la India, y un chal anudado con gracia sobre su blanquísimo cuello, componian todos sus atavíos; pero con ellos resaltaban sus gracias en tan-

to grado, que recordaba el momento pintado por los poetas, en el que Venus, saliendo de la marina espuma, se presentó en la asamblea de los Dioses, deslumbrándolos con su beldad. La debilidad de la Condesa, su palidéz, por entre la cual se divisaban aun los restos de una belleza marchita, hacian un contraste notable con la juventud y lozanía de su hija, en cuyo brazo se apoyaba, caminando lentamente al través de las calles frondosas de aquel dilatado jardin, cortadas á trechos por plazoletas risueñas, adornadas de fuentes, y rodeadas de asientos cómodos y resguardados de los rayos del sol, con la sombra de mil árboles corpulentos y diversos, hasta cuyas cimas sube serpenteando la yedra amorosa, y otras varias clases de enredaderas, que crecen al pie de los bojes entretejidos que forman murallas de verdura.

El suave mormullo de las fuentes, el melodioso gorgeo de los ruiseñores que cantaban entre la espesura, unido al susurro del vientecillo, y al rumor de las cascadas que resonaban á corta distancia, tenian embelesadas á la Condesa y á su hija, en términos que apenas notaban la sorpresa y admiracion con que eran miradas por cuantas personas encontraban en su paseo. Al atravesar por una de las plazoletas en donde la reunion es siempre mas numerosa, todas las miradas fijas en ellas, el susurro de curiosidad y de aprobacion que escuchaban, y las galanterías que las dirigian al paso, las sacaron de su embelesamiento, haciendo fijasen su atencion en lo que pasaba á su alrededor.

La Condesa, acostumbrada á leer en el corazon de los hombres, notó facilmente la general admiracion que causa-

ba su hija, y al paso que su ternura se complacia con el tributo de aprobacion que arrancaba su mérito, el temor de los peligros á que su juventud é inocencia iban á verse espuestas, la hicieron exalar un suspiro involuntario; pero Sofía, tímida y ruborosa al verse hecha el blanco de la atencion general, baja los ojos, apresura el paso, y eligiendo la calle de árboles menos frecuentada, no puede vencer su turbacion hasta verse lejos de aquella concurrencia, que solo se ocupa de ella. La Condesa, aunque separada del trato general, y por decirlo asi, sepultada en su retiro desde la ausencia de su esposo, era con todo demasiado visible en la corte para no ser reconocida al momento; y su nombre repetido de boca en boca causaba mil diversas sensaciones; pues las damas conocieron, desde luego, tenian en Sofía una

rival peligrosa, tanto por su mérito como por su rango y fortuna; y los jóvenes que se les presentaba en la hermosa heredera una conquista tan interesante á su placer, como á su ambicion; por lo tanto no es estraño que muchos desde aquel momento se declarasen sus amantes, proponiéndose buscar todos los medios de ser admitidos á su trato para tributarla sus obsequios con libertad.

Entre tantos admiradores, solo permanecia en silencio un jóven oficial de la Guardia Real, que no habia proferido una sola palabra de elogio ni de desaprobacion; pero sus ojos habian seguido á Sofía hasta que los árboles se la impidieron ver, y entonces fijándolos en el suelo, permanece distraido un largo rato, hasta que sintiéndose por primera vez disgustado en aquella bulliciosa concurrencia, toma una de las calles que con-

ducen á la cascada mas pequeña, y apoyándose sobre la barandilla de hierro que la guarnece, inclina la frente y parece solo ocupado en ver correr el agua que se precipita formando blancas espumas, que rápidamente corren por el canal que baña los cimientos del Palacio Real; pero aunque sus miradas están fijas en el agua, la imagen de Sofía es la única que ocupa su imaginacion.

»¡Amable y hermosísima criatura! se »dice á sí mismo sin cesar, ¡oh! si las »prendas de su alma no desmienten su »interesante esterior; si reune todas las »virtudes que su rostro parece anunciar, »feliz el hombre que merezca agradar»la, y consiga la preferencia de su co»razon; pero ¿quién sabe si ya está he»cha su eleccion? Siendo la hija única »del Conde de C., siendo una rica he»redera y la mas bella de todas las mu-

»geres, nada es tan posible como el que »ya esté tratada su union, á la cual as»pirarán mil; y aunque no lo esté, ¿po»dria yo sin locura formar ni la mas re»mota esperanza? ¡Ah! no, asi guárdate »pobre Enrique, guárdate de dar tu co»razon á un objeto, al cual seria en tí »un delirio aspirar, y no te abandones »á una pasion insensata, que seguramen»te te haria infeliz.

Con efecto, las reflexiones que hacia Enrique hablando consigo mismo, eran bastante puestas en razon; pues aunque su nacimiento igualaba al de Sofía, en sus fortunas habia una muy considerable diferencia. Enrique, hijo segundo del baron de L., solo habia heredado de su padre una buena educacion, con la cual éste habia procurado indemnizarle como á su hermano mayor, Marcelo, de los perjuicios que con una conducta

desarreglada en su juventud, los habia ocasionado, arruinando y atrasando escesivamente su caudal, que dejó aun muy empeñado á Marcelo, su hijo mayor. Enrique, como segundo, solo tenia la esperanza de lo que pudiese adelantar en la carrera militar, á la que se habia dedicado, y las cortas asistencias que su hermano le habia señalado, para que unidas á su sueldo pudiese alternar con sus compañeros y conducirse con honor. Con todo, por mas que se convence de que debe olvidarla, la memoria de Sofía le ocupa sin cesar, y hace vuelva la cabeza al menor rumor que siente, con la esperanza de verla presentarse otra vez; pero Sofía con su madre habian tomado la opuesta direccion, siguiendo la orilla del Tajo hasta salir del jardin por la puerta que está de frente al parterre, con lo que habian evitado el volver á pasar

por los sitios donde la concurrencia era mayor.

De vuelta del paseo, la Condesa pregunta á Sofía, si ha quedado complacida, y ésta, que tiene hecha una costumbre de confiar á su respetable madre hasta el mas íntimo sentimiento de su corazon, la confiesa ha tenido una estraña mezcla de disgusto y de placer: creed madre mia, la dice con el mayor candor, que apenas puedo esplicaros lo que ha pasado por mí: mientras iba por las calles poco concurridas, os confieso que nada igualaba á mi placer: yo sentia que el aire puro de aquellos bellos sitios dilataba y daba una nueva vida á todo mi sér; tal deberia ser el encanto de Eva cuando habitase el paraiso terrenal; pero al atravesar las plazoletas, sobre todo la mas concurrida, jamas he conocido mas estraña conmocion: ¿cómo puede

una muger honesta desear ser el objeto de la atencion general? ¿cómo puede complacerse en alabanzas dadas con un aire tan libre, y con tan marcada afectacion? ¿pero qué elogios son tambien los que acabo de oir alli? todos se dirigian á mi esterior, parece que todos ignoraban tengo un alma adornada de virtudes, ó manchada con vicios capaces de deslucir las prendas superficiales que nada me han costado y que solo debo á Dios. ¡Ah! creedlo, madre mia, el elogio que se hiciese de mis sentimientos ó de las cualidades que debo á el estudio, y á vuestra educacion, serian mas capaces de envanecerme, que cuantas puedan dirigirse á mi persona, y á una pasagera frescura que la mas ligera enfermedad ó los años no tardarán en marchitar. »Celebro, hija mia, la dijo la Condesa, que »por tí misma te se ocurran estas refle-

»xiones, y sobre todo que no te dejes »seducir por un aplauso superficial y mo- »mentáneo, cuyos riesgos no tienes aun »bastante esperiencia para juzgar: cuando »el tiempo y los desengaños te hayan he- »cho conocer el mundo, sabras cuán fu- »nesto suele ser para una jóven el de- »seo inmoderado de llamar la atencion, »pues cuanto mas lo consigue, mas escita »la envidia, mas hace se observen sus »acciones, y mas se espone á sus perni- »ciosos tiros y á la maledicencia: desgra- »ciada la que tenga la menor mancha »que oscurezca su reputacion; qué digo »mancha, la menor ligereza, la mas pe- »queña apariencia que perjudique á su »virtud: los mismos quizá, que acaban »de prodigarla las mas exageradas adula- »ciones, son los que mas se desencadenan »para acriminar sus faltas, haciéndola el »blanco de la mormuracion: á veces, hija

»mia, no basta una conciencia la mas pu-
»ra, para evitar la calumnia y la detrac-
»tacion, si no pone una jóven el mayor
»cuidado en conducirse con circunspec-
»cion, pues la alegría suele caracterizarse
»de coquetería, la viveza de libertad, y la
»mas inocente sonrisa, de una inteligen-
»cia criminal: desgraciada, repito, hija
»mia, la muger que se consagra al lujo, y
»al aplauso, y que pone su gloria en
»hacerse admirar: nada es tan difícil como
»el que conserve sin tacha su reputacion;
»nuestro sexo, como la modesta violeta,
»ha nacido para la oscuridad: nuestras
»gracias, nuestros talentos y virtudes para
»hacernos dichosas es preciso no esciten
»la envidia, ni despierten mucho la emu-
»lacion, que encanten á nuestros espo-
»sos, á nuestros hijos y al pequeño nú-
»mero de amigos prudentes y virtuosos
»que formen nuestra sociedad, y que sir-

»viéndonos de privado recreo, y de dis-
»traccion en medio de nuestros deberes,
»sea un recurso con que contemos en la
»adversidad."

Asi procuraba la Condesa precaver el corazon de su hija, pues no dudaba de los riesgos que á pesar de su vigilancia la iban á cercar, mucho mas, viendo que desde luego un crecido número de sugetos, recordando antiguas relaciones, é inventando otros pretestos y ocasiones que no podia escusar, empezaban á introducirse á su trato y sociedad; pero con todo la Condesa, sin faltar á las atenciones propias de su educacion, supo conducirse de modo, que alejaba de su hija toda persona de mala reputacion; pues con su frio continente, con hacer desaparecer á Sofía de la sociedad, y con decir solo lo muy preciso para no chocar abiertamente, y hacer un marcado desaire, alejaba de su

casa á los que consideraba peligrosos, ó indignos de su amistad.

De ningun modo habia hecho diligencias para conseguirla el modesto Enrique, aunque la vista de Sofía, á la cual habia casualmente vuelto á ver algunas veces, habia hecho en su alma una muy fuerte impresion, la que se habia aumentado con el rumor vago que habia llegado á sus oidos, de las amables prendas que hermoseaban su corazon. A pesar de las sombras, que la envidia y el resentimiento procuraban esparcir con respecto á la Condesa y su hija, tildando la prudencia de la primera de hipocresía y ridiculez, y caracterizando la modestia y sencillez de la segunda, de encogimiento y falta de trato y educacion.

Una mañana, que para disipar la agitacion de su espíritu se paseaba Enrique por el jardin del Príncipe á la hora en

que casi nadie suele concurrir, y que se esforzaba á fijar su atencion en un libro de su profesion, ve al terminar una calle sombría, que á pocos pasos se hallaba la Condesa sentada en un banco, apoyada sobre el seno de Sofía; pero tan pálida y sin aliento, que no dudó que estaba muy cerca de desmayarse, lo que su hija llena de la mas viva inquietud trataba evitar, haciéndola respirar un pomito con espíritus, y agitando el aire con su abanico. Enrique, á pesar de su sorpresa, se acerca del modo mas atento, las ofrece sus servicios, y busca con prontitud unos jardineros que le den un poco de agua, con la cual la Condesa se acabó de serenar. Esta, queriendo aprovechar el fresco de la mañana, se habia dirigido al jardin, y dejando su coche y criados á la puerta, se habia internado demasiado, y hallándose fatigada se sentó indispuesta, cau-

sando á Sofía un susto el mas cruel, cuando Enrique llegó con tanta oportunidad. Este era demasiado político para no ofrecer su brazo á la Condesa, que lo admitió con gratitud, y no tardó en el trecho que tuvieron que andar hasta llegar á su coche, en conocer que aquel amable oficial estaba dotado de moderacion y de delicadeza, y que al ofrecerle su casa, como exigia la atencion y la gratitud, no aventuraba demasiado; pero con ánimo de tomar informes antes de estrechar su trato, ni concederle su amistad; asi cuando llegaron al coche, le instó á que subiese en él; pero Enrique, se escusó, aunque ofreciéndola en vista de sus políticas ofertas, el irse á poner á sus pies é informarse de su salud. Sofía habia hablado muy pocas palabras, delante de un desconocido; pero Enrique habia quedado encantado del eco de su voz, y de

las gracias de su conversacion, asi como de su sensibilidad y filial ternura, que en los cuidados que le habia visto prodigar á su madre tuvo lugar de notar; asi estuvo muy dudoso para resolverse á hacer uso del permiso que acababa de obtener. »Yo soy un insensato, se decia á sí »mismo, en acercarme al peligro, que »aun de lejos apenas puedo evitar. Si yo »tengo lugar de conocer y admirar cada »vez mas con el trato las perfecciones »de esta jóven interesente, la pasion que »ha empezado á inspirarme, me acabará »de dominar y ¿cuáles serán sus resulta»dos? el hacerme desgraciado y tal vez »criminal, pues es imposible que yo pue»da obtener la mano de Sofía, que sus pa»dres no querrán unir á un hombre sin »fortuna, y si á pesar de esto, arrastrado »de mi ternura procurase ganarme su co»razon, ¿no seria yo en hacerlo un hom-

»bre sin honradez, sin delicadeza, y al »cual todo el mundo tacharía de ambi»cion? mi honor y el suyo se verian com»prometidos, y yo faltaria á mi deber: asi »evitemos su vista; pero ¿cómo desairar »de un modo tan grosero las ofertas que »la Condesa me ha hecho con tanta bon»dad? ¿qué pensará Sofía, qué pensará »su madre de mi falta de atencion? no »hay recurso, es preciso hacerlas una vi»sita con el objeto de informarme de su »salud, y luego iré muy de tarde en »tarde hasta no volverlas nunca á ver."

¡Estraña contradiccion del corazon humano! Enrique está convencido de que no debe fomentar su inclinacion á Sofía, ni tratar de agradarla, y á pesar de esto, jamas ha deseado mas vivamente interesar ni parecer bien, que cuando se dispone para hacer su visita á la Condesa. Contento hasta entonces con vestir con decen-

cia y segun los usos establecidos, jamas su adorno le ha merecido un momento de atencion; pero en esta ocasion de todo se descontenta, y le parece no está bien; por fin, aunque evitando todo aire de afectacion, y sin buscar adornos afeminados, incompatibles con su carácter y modo de pensar, procura adornarse con la mayor brillantez, y mira el relox mil veces, pareciéndole camina con una increible lentitud, hasta marcar la hora en que se puede presentar en casa de la Condesa: por fin llega, y palpitándole el corazon, se presenta en el momento en que se hallaba con otras damas en visita, por lo que un criado sin anunciarle, muestra el camino, y abriendo una mampara, le introduce en el gabinete de la Condesa, á donde las damas estaban instando á Sofía á que se pusiese al piano, y diese muestras de su habilidad en la mú-

sica; y ésta, que ya habia cedido sin la necia afectacion de hacerse de rogar, al ver entrar á Enrique, se siente sobrecogida de un involuntario temor, y su mano trémula yerra algunos puntos al deslizarse sobre el teclado con rapidez. Enrique, despues de saludar á las damas, se habia colocado de modo que descubria una parte del bello rostro de Sofía; pero sin que ésta lo pudiese fijar, lo que contribuyó á que se fuese serenando por grados, y afirmando su voz, al principio agitada, tomase cada vez mas espresion y dulzura, y cantase con una voz deliciosa la siguiente cancion.

Inocente avecilla,
que habitas la floresta,
tú feliz tortolilla,
gozas tu amado bien.
Oculta en la espesura

amante, fiel, dichosa,
tan solo la ternura
te basta á ser feliz.
No es tu dicha inocente
brillante ni envidiada,
mas al cielo clemente
la pido para mí.

Los elogios que prodigaban á Sofía, sacaron á Enrique del éstasis delicioso en que le habia sumergido su dulce voz, que resonaba aun en su alma (aunque ya habia dejado de cantar) y en la que se habian grabado cada una de sus palabras, y mas que todo, la espresion tierna y encantadora, con que las habia sabido acompañar, y que pintaban los deseos sencillos de un alma pura y sin ambicion; asi no sabiendo como espresarla su admiracion, para lo cual todas las palabras le parecen demasiado frias y dé-

biles, titubea, y apenas encuentra un cortísimo número de espresiones atentas, que la dirige con timidez; pero que causan á Sofía mas complacencia que cuantos elogios exagerados acaba de oir: el aire de verdad y de conmocion con que han sido acompañadas, la proporciona un placer delicioso, que el mas pomposo elogio no la hubiera podido hacer sentir.

Entre las damas que se hallaban alli, habia dos señoritas jóvenes, que no tardaron en entablar con Sofía su conversacion favorita, y en la que únicamente podian alternar, esto es, la de sus modas y adornos, mostrando una de ellas un vivísimo deseo de ver un gracioso sombrerillo, con el que Sofía se habia presentado en el paseo una de las tardes anteriores: ésta, llena de aquella bondad y condescendencia, que hace sacrificar los propios gustos al deseo de complacer, á

pesar de la repugnancia que en aquel momento sentia de dejar la sociedad, se ofreció del modo mas atento á llevarlas á su habitacion, para enseñarlas el objeto de su curiosidad; y habiendo admitido las señoritas su oferta, salieron del gabinete las tres, dejando á Enrique pesaroso; pero habiendo recobrado lejos de los bellos ojos de Sofía que le turbaban y hacian enmudecer, su natural despejo, y las gracias de su conversacion, alternó en la que suscitó, con gran disgusto de la Condesa, una de las damas que se hallaban alli, pues ésta, con una malicia refinada, empezó á censurar, aunque de un modo indiscreto, á una señora de un mérito conocido, y á la que procuraba humillar; pero Enrique con la mayor delicadeza, y sin faltar á las reglas de buena educacion, empezó á rebatirla de un modo tan enérgico, que hizo á corto rato

enmudecer á la maligna censora, con tan marcada aprobacion de la Condesa, que ésta no pudo menos de dársela á entender, con una mirada espresiva, y una sonrisa de aprobacion.

Las jóvenes volvieron con Sofía, y habiéndose despedido las señoras, Enrique conoció debia retirarse; pero tuvo antes de hacerlo, la complacencia de oir elogiar á la Condesa su conducta, y que hubiese sido el defensor del mérito y de la verdad; á lo que él la contestó con modestia, que solo habia cumplido con un deber comun á todo hombre de honor, pues creia que solo los que carecian de principios, podian complacerse en atacar á un sexo amable, sin el cual no habia para el suyo placer ni felicidad. »Creed, »añadió, que yo no tengo el honor de »conocer particularmente á la dama en »cuestion; asi no me ha movido la menor

»parcialidad, sino el impulso irresistible »con que mi corazon se dedica á la de»fensa de todo el que sufre de cualquier »modo, y que por sí mismo no se puede »defender." Si estos no hubieran sido, como eran en efecto, los sentimientos de Enrique, la mirada que le valieron de Sofía, los hubiera hecho nacer, pues el aprecio y la aprobacion, se pintaban en ella, y no era facil olvidarla; por lo tanto, al regresar á su casa, tembló al contemplar su corazon mas esclavizado, y por consiguiente mas infeliz.

»No, no volveré á verla, se dice á sí »mismo con resolucion, esta jóven en»cantadora trastornará totalmente mi ra»zon, harto desgraciado soy, ya jamas »podrá borrarse de mi alma el eco de»licioso de su voz; sus miradas dulces y »modestas, en que está pintada toda la

»sensibilidad y ternura de un alma pura »y virtuosa. ¡Oh Sofía, Sofía! qué suerte »tan envidiadable será la del mortal que »te consagre su existencia, que unido á »tí por los lazos de la ternura y del de- »ber, camine contigo la senda espinosa »de la vida; cuantas virtudes adquirirá á »tu lado, cómo hermosearás tú todos los »instantes de su existencia, cómo arran- »carás de su corazon todas las espinas »de la adversidad; pero ¿quién será »digno de tí? ¿quién poseerá bastantes »virtudes para merecerte? ¡Ah! nin- »guno, y entre los inmensos tormentos »que se me preparan, quizá será el ma- »yor de todos, el de verte unida á un »hombre indigno de tí."

En tanto que Enrique se entregaba á estas reflexiones, Sofía y su madre hablaban de él de un modo que hubiera podido lisonjear su vanidad, pues la Conde-

sa, que veia confirmados los elogios que habia oido hacer de los sentimientos y apreciables prendas de este joven, sentia ácia él aquella simpatia que las almas honradas y virtuosas sienten entre sí, y Sofía no habia podido dejar de notar que á estas ventajas, unía una figura noble y bella, que inspiraba con facilidad aquel dulce aprecio y estimacion, que es el anuncio y mas seguro cimiento de una inclinacion tierna; asi, deseosa de contar entre el número de sus amigos á un joven tan amable, se lisonjeó de que no dejaria de frecuentar su trato, mucho mas, cuando la Condesa le habia hecho las atentas ofertas brindándole con su amistad. Entregada á esta esperanza, jamas en los dias sucesivos veia abrirse la mampara del gabinete de su madre, ni oia el menor ruido que se hacia en la pieza inmediata al acercarse

alguno, que alhagada con la esperanza de ver presentarse á Enrique, no palpitase su corazon involuntariamente, quedando con una mezcla de disgusto y de pena, cuando veia era otro el que se presentaba en su lugar, y no sabiendo á qué atribuir aquel total olvido, en quien parecia aberse complacido con su trato, y en quien ella habia creido leer en los ojos una tierna espresion de aprecio é interés. »Qué estraños son los hombres, »se decia á sí misma, y esta reflexion la »hacia, sin advertirlo, suspirar."

Mas de quince dias se habian pasado en esta situacion: Enrique luchando con una pasion á la que en vano procura subyugar, huye de Sofía, y éste es todo el esfuerzo que puede alcanzar su razon; cuando un dia recibe un billete de la Condesa, en que esta señora le ruega del modo mas urgente la vaya á ver: Enri-

que sorprendido, se pierde en congeturas; pero al mismo tiempo, se dá á sí mismo el parabien de tener un pretesto y hallarse como forzado á ver á Sofía, y á romper su resolucion: asi no se detiene, y vuela con una mezcla de inquietud y de curiosidad á recibir las órdenes de la Condesa sin hacerse un solo momento esperar.

»Amigo mio, le dice esta señora, que »se hallaba sola al recibir á Enrique, »perdonad la libertad que me tomo de »incomodaros, cuando nuestra amistad »es tan reciente y apenas tengo el honor »de conoceros; pero vuestra opinion, el »concepto que he formado de vos á pri»mera vista, y el haberos oido asegurar »que sois siempre el defensor de todo lo »que sufre, y que por sí mismo no se »puede defender, me ha movido á fiar »á vuestra humanidad la suerte de un »infeliz. Sabed que una grave enferme-

»dad, me privó de cumplir con el de-
»ber sagrado de criar por mí misma á
»mi amada Sofía, teniendo que susti-
»tuirme una honrada labradora que aca-
»baba de perder á su marido, y tuvo pa-
»ra con ella una ternura verdaderamente
»maternal, en tanto grado, que no per-
»mití se alejase jamas de su lado, á don-
»de se fijó para siempre con un hijo de
»corta edad, que era su único consuelo,
»por haber muerto el mas pequeño, que
»era el hermano de leche de Sofía. Gas-
»par, que asi se llama este jóven, se ha
»criado á mi vista, siendo siempre un
»modelo de virtud y de honradez; pero
»su espíritu marcial le decidió á seguir
»la carrera de las armas, sentando plaza
»en la Guardia Real, á donde ufano de
»consagrarse al servicio de su Rey y su
»Patria, ha sido por espacio de tres años,
»el soldado mas querido de sus gefes y

»de sus compañeros, sin merecer la mas
»leve repreension; pero un robo de con-
»sideracion verificado en el cuartel, pre-
»cisamente en un dia en que le tocaba
»vigilar, y varias circunstancias impre-
»vistas, han hecho recaer sobre él todas
»las sospechas y responsabilidad; yo es-
»toy segura de su inocencia, mas las apa-
»riencias le condenan, y sumido en un
»calabozo y entregado á las leyes, nece-
»sita un defensor; las mismas leyes lo
»autorizan para nombrarlo, y la reputa-
»cion de vuestra humanidad y luces, le
»han hecho elogios sin titubear: su ma-
»dre, bañada en llanto, me pide implo-
»re vuestra compasion; yo tomo la mas
»viva parte en sus penas, y no me he po-
»dido escusar: con este objeto, me he
»tomado la libertad de llamaros, y espe-
»ro me dareis las gracias por la ocasion
»que os ofrezco de hacer un bien, y de

»ser el apoyo de un infeliz." La Condesa calla, y Enrique la dice: »Señora, yo »os las doy en efecto, y no desmentiré »la confianza con que vos y ese desgra»ciado me honrais: yo voy en este mo»mento á verle, y creed que nada omi»tiré de cuanto esté en mi mano para »dulcificar su suerte, y aclarar la verdad." La Condesa agradecida, le dá las mas vivas muestras de reconocimiento, y tirando la campanilla llama á la honrada nodriza, á la que da la noticia de que Enrique se presta á sus deseos, y de que en él tiene ya su hijo un defensor. A esta nueva el llanto baña los ojos de la triste madre, que no sabe como encomendarle la vida de su hijo, ni encarecerle sus temores, apesar de la seguridad que tiene de la inocencia de éste, mezclando escusas y protestas con una amarga confusion. Enrique, enternecido, la

consuela, disimulando á una madre alarmada la severidad militar, hace nacer en su alma la esperanza y el consuelo, y parte apresurado á la prision, impaciente por llevar consuelos al infeliz soldado, al cual desde luego acoge bajo su proteccion. Gaspar era un mozo honrado y sencillo, y Enrique no dudó, despues de examinarlo, de que era víctima del crímen astuto de algun perverso que debia descubrir; para esto reune indicios, ofrece premios al que puede aclararle la verdad, y no perdona medios ni fatigas, para presentar la inocencia de su ahijado, del modo mas convincente, ante el severo consejo que le ha de juzgar; pero en tanto que el proceso sigue, ¿cómo dejar de volver á llevar noticias y consuelos á una dama respetable que le ha honrado con su confiaza, y á una madre infeliz? esta razon, que sus deseos fortifi-

can, hacen á Enrique ver á la Condesa varias veces, y admirar cada una de ellas mas á Sofía, á la cual tiene nuevas ocasiones de conocer y apreciar: la pasion de Enrique no puede ya con esto aumentarse, pues ha llegado al grado mayor, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para vencerla, los limita á reconcentrarla en el fondo de su corazon, que apesar de su delicadeza y timidez, y del desaliento que le inspira su falta de fortuna, se abandona alguna vez á la esperanza, cuando los bellos ojos de Sofía se fijan en él: esta amable joven, cuya alma no abrigaba ningun sentimiento de ambicion, estaba muy lejos de conocer todo el peso que el mundo pone en la balanza de las fortunas, y que la distancia de las suyas fuèse á los ojos de Enrique un obstáculo tan poderoso, que le impidiese el declararse preten-

diente á su mano, entre los muchos que la importunaban sin cesar, y que solo merecian su indeferencia ó desprecio, haciendo entre ellos y Enrique una comparacion, que resultaba enteramente á su favor. »Sin duda, se decia á sí misma, »le soy indiferente ó me mira con una »simple amistad," y al acabar esta reflexion la acompañaba con un suspiro amargo, seguido de un sentimiento de disgusto, del cual no se sabe dar razon. No pensaba de igual modo la Condesa, la cual habia penetrado mejor el alma de Enrique; pero encantada de su prudente reserva, tanto como de su delicadeza y moderacion, conocia bien nada aventuraba cultivando su amistad, y si hubiera consultado solo con sus deseos, Enrique sin fortuna, hubiera sido preferido por ella para esposo de su hija, cuyo opulento caudal bastaba para los dos,

sin necesidad de acumular mas; pero la Condesa, dependiente de la voluntad de su esposo, dejaba á éste la decision de la suerte de Sofía, anelando su regreso para conformarse con sus deseos, sin querer antes resolver nada; respuesta que daba á cuantos partidos se la ofrecian, y que no la dejaban de importunar; pero este momento deseado parecia dilatarse cada vez mas. La provincia en que se hallaba el Conde, era una de las mas internas de la América del Sur; largo tiempo hacia que no se recibian noticias de aquel parage, y las últimas presentaban sobrados motivos de inquietud: por fin, una embarcacion llega, conduciendo los detalles mas funestos, y que justifican estos temores: la provincia entera se ha sublevado, y corriendo por ella el espíritu de rebelion y de desórden, las autoridades han sido depuestas y sacrificadas,

asi como una gran parte de españoles europeos asesinados y perseguidos entre los gritos de independencia y libertad. Júzguese del dolor de la Condesa y de Sofía; nada saben á punto fijo del Conde; pero todos los indicios son de que ha perecido en la sublevacion; incertidumbre que no dura mucho, pues una nueva embarcacion confirma estas noticias, añadiendo pormenores que no la dejan dudar, y que especifican la muerte del Conde, sacrificado en medio del alboroto, y haciendo inútiles esfuerzos por contener el desórden cayendo al fin víctima de su lealtad. ¡Qué golpe éste tan terrible para la esposa amante y para la hija tierna, que se abandonan al mas justo dolor! Cuánto interés presentan ambas á Enrique; cada una de sus lágrimas cae sobre su corazon, y la ternura, unida á la humanidad, le hacen emplear en su consue-

lo, cuantos medios la delicadeza, y el mas tierno interés, saben inventar.

Fijos los ojos en Sofía, cuyo luto haciendo resaltar su maravillosa blancura, la presta un nuevo encanto, la contempla con aquella espresion de interés, mil veces mas elocuente que cuanto el labio puede proferir, y la lágrima involuntaria; que apenas humedece sus ojos, parece adquiere una nueva espresion en su rostro varonil, en que se retrata la entereza unida á la sensibilidad. Viendo sufrir á la muger que ama, es menos dueño de sí mismo, y deja escapar sobradas muestras de ternura, que lisonjean á Sofía, y la convencen, de que el corazon de Enrique, no es tan insensible á sus gracias, como habia juzgado hasta alli: por lo tanto, viendo á su respetable madre prodigarle las mas vivas muestras de su afecto, se abandona insen-

siblemente á un sentimiento que no la ve desaprobar: con efecto, la Condesa cuya alma noble y recta desdeña al prestigio de la opulencia y de la ambicion, y que solo anela para su hija un esposo dotado de mérito y de virtud; creyendo hallar reunidas en Enrique estas cualidades, lejos de oponerse á la naciente inclinacion de su hija, empezó á fomentarla desde que la muerte de su esposo la dejó en libertad de disponer de su suerte, segun los deseos de ésta, viéndolos justificados por el acierto de su eleccion: con todo, queriendo dejar al tiempo las ocasiones de que entrambos pudiesen observarse, y conocer á fondo su caracter é inclinaciones, que á veces suelen influir tanto en la felicidad doméstica, y que su afecto se fundase sobre un sólido conocimiento de las cualidades ó defectos, sin esponerlos al tardío arre-

pentimiento de un enlace hecho sin la mayor reflexion; disimulaba sus intenciones, velando incesantemente, y reuniendo observaciones, con todo el interés propio de una madre tierna y solícita para asegurar la dicha de su amada hija, objeto único de toda su ternura desde la muerte de su esposo: esta pérdida, que la quita la esperanza de ser en sí misma feliz, la hace anelar mas vivamente asegurar la suerte de su hija; por lo tanto, cuando pudo, ayudada del poderoso ausilio de la religion, calmar su primera amargura, hallaba un alivio en sus penas, al ver los progresos de la tierna y pura inclinacion que en el corazon de Sofía y Enrique crecia sin cesar, y casi se arrepentía de no acabar de completar la dicha de los dos amantes, confesándoles abiertamente su aprobacion, que Enrique, apesar de su modestia y

desconfianza, no habia podido dejar de conocer, y embriagado con las mas alagüeñas esperanzas, solo un esceso de delicadeza hacia contuviese aun bajo las espresiones de la amistad toda la efusion de su ternura, que á cada momento estaba cerca de confesar á Sofía: ésta, segura de ser amada, goza la dicha presente, y parece teme una declaracion que no puede aumentarla, y que alarma su modestia y timidez.

El momento se acercaba en que la corte debia regresar á la capital, y la Condesa se dispuso á la marcha con algunos dias de anticipacion. Enrique debia seguirlas á pocos dias; pero estos pocos de ausencia hacen á los dos amantes estremecer. Enrique, que en un principio huye y teme la vista de Sofía, desde que ha dado lugar en su alma á la esperanza, juzga un siglo cada momento que

no ha de verla, y una nube de tristeza se apodera de su corazon; no estaba Sofía menos pesarosa, y la Condesa que lo observa, queriendo conocer si ha perdido para con ella aquella tierna confianza que siempre habia procurado inspirarla, y el amable candor que era su mas bello adorno, no dejó de preguntarla el motivo de su disgusto. »Es tan bello este »sitio, la contestó Sofía, que me es sen»sible el partir; sus jardines son tan de»liciosos, sus alamedas tan frondosas, que »en ninguna parte creo hallaré tanto »gusto, ni tanto consuelo en nuestra »irreparable pérdida como aqui." Y bien, le dijo la Condesa, fijándola de un modo tierno y espresivo, ¿no encuentras alguna otra razon de estar triste, y de sentir la precision en que nos vemos de marchar? Al escuchar Sofía estas espresiones, un rubor vivísimo cubrió su bello

rostro, y despues de titubear algunos instantes, añadió, bajando los ojos, es verdad que tambien siento la interrupcion que van á tener mis ocupaciones favoritas, ya no podré continuar las vistas que estoy dibujando; Enrique se queda y no podrá corregirlas, ni acompañarme en el piano, cuando me pongo á repasar mis duos escogidos; tiene tan buen gusto, y tanta maestría, que con nadie canto tan bien. ¡Oh! y sus consuelos ¿cuánto no han dulcificado nuestras penas? ¿cuánta parte no ha tomado en ellas? verdaderamente debemos estar muy obligadas á tantas muestras de amistad ¡Amistad solamente! la dijo la Condesa, ¿no has sospechado tú que su corazon abriga otros sentimiento ácia tí? A esta pregunta Sofía ya pálida, ya encendida como el coral, titubea un momento, y con voz tímida responde, que las espresiones de

Enrique, solo han sido siempre de amistad; pero avergonzada en el momento de esta respuesta solapada, aunque verdadera, que mira como un crímen, se arroja á los brazos de su madre, y ocultando el rostro en su seno, esclama: »perdonad, madre mia, si merezco vuestra »desaprobacion; pero á pesar de que Enrique jamas me ha confesado su cariño, »creo que me ama, y si yo fuese dueña »de mí misma, le preferiria á cuantos hom»bres conozco hasta aqui." Las caricias de la Condesa, volvieron pronto á Sofía su serenidad: esta madre tierna se apresuró á tranquilizarla, asegurándola aprobaba su eleccion, y que asi que pasase el tiempo del luto, se verificaría su union con Enrique, que aun ignoraba toda su felicidad; si éste, como no dudaba ella tampoco, la amaba tanto como las apariencias hacian creer.

No es posible pintar con espresiones bastante vivas todo el enagenamiento de Sofía, desde que ha confiado á su madre los secretos de su corazon; desde que está segura que los aprueba, un peso penoso deja de oprimirla, y parece que respira, siente y vive con una nueva libertad y un nuevo placer; apenas vuelve á ver á Enrique, su rubor es mas vivo que nunca; pero su aire satisfecho, parece decirle, vamos á ser dichosos, y el lazo mas tierno nos unirá para siempre; pero la modestia sin la cual desaparecen todos los encantos de su sexo, sella sus labios, mientras sus miradas tímidas y afectuosas la descubren sin pensar. Enrique, que adivina todos sus sentimientos, que observa sin cesar todas sus acciones, con el deseo de prevenirlas, no duda que algo favorable á su suerte, que él no puede adivinar, ocupa el alma de Sofía, y ja-

mas ha necesitado tanto recordar todas sus resoluciones, para no arrojarse á sus pies, confesarla su amor, y pedirla la esplicacion de una dicha que lee en sus ojos, á la cual teme abandonar sus esperanzas con demasiada ligereza: el verdadero amor es tímido y desconfiado, y recelando perder aquella dicha suprema, que no cree merecer, aun las mas favorables apariencias no disipan su temor. En medio de esta incertidumbre, la Condesa propone disfrutar un rato de paseo, y eligiendo el mas retirado, como lo hacia siempre desde la muerte de su esposo, se apoya en el brazo de Enrique, y caminando Sofía á su lado se dirigen al jardin de la Isla, cuando estaba para ponerse el sol; la concurrencia que toda se dirige á esta hora al jardin del Príncipe, y á la calle de la Reina, deja el jardin de la Isla en la mayor soledad; pero és-

ta misma les hace á los tres el paseo mas agradable. Enrique y Sofía estan juntos, y la ausencia del mundo entero, de nada les puede importar: un suave ambiente corria bajo aquellas sombrias alamedas, y templaba el calor del dia, que por ser uno de los mas calorosos de julio, los tenia en estado de languidez. Largo rato caminaron los tres en un casi continuo silencio; cada uno ocupado en sus reflexiones, se distrae y no se apresura á hablar: por fin, la Condesa elige un asiento, y hace reparar á Enrique y Sofía la hermosa escena que observa á su al rededor: el Tajo corriendo lentamente, despues de haberse precipitado desde la cascada grande, formando un remolino de espumas, y causando un ruido sórdo, se descubria desde alli; y al través de los árboles, los últimos rayos del sol poniente, brillaban y desaparecian alternativa-

mente, deslumbrando con unas ráfagas de fuego, que la vista no podia fijar. El silencio y soledad de aquellos sitios, por la mañana tan concurridos, convidaban en aquel momento á los ruiseñores, que ocultos entre el follage de los árboles, cantaban de un modo delicioso, respondidos débilmente por una tropa de pajarillos, que con dulces piadas y cantos diversos, solemnizaban el momento, en que volando á sus nidos, se entregaban al reposo rodeados de sus hijos, y de la compañera de su amor; hasta el trémulo susurro de las ojas, formando un ruido monotono, parecia acompañarlos y decir al astro del dia el último á Dios.

¿Qué alma será tan insensible, esclama al fin la Condesa, que no se conmueva á la vista de las hermosas obras de la naturaleza, y que no bendiga á su autor? la grata impresion que mi corazon

recibe en este instante, es muy superior á cuantos encantos seducen á los hombres afanados incesantemente en buscar medios de gozar; ¿cuántas veces en premio de su anelo, solo encuentran el tedio y el vacío mas amargo, en igual de los placeres que buscaban y que han comprado á costa del reposo, y tal vez de la virtud; ¡obras sublimes del Hacedor supremo, dones grandiosos de su mano benéfica, á vosotros solo es dado ofrecer placeres fáciles, y que verdaderamente llenan el corazon!

Estas espresiones de la Condesa, hicieron volver á Enrique de la distraccion en que estaba abismado. Sí, la respondió con espresion, nadie mejor que yo conoce la verdad de vuestras palabras; mi alma estraviada, ha corrido á veces tras de soñados y culpables placeres, que solo me han acarreado tedio, amargura y rubor;

¡cuánto dista todo cuanto hasta aqui he sentido, de lo que mi alma goza en este instante, y que tambien pintais! asi jamas se borrarán de mi memoria estos paseos deliciosos que he disfrutado á vuestro lado, y que me ofrecen los momentos mas gratos que he gozado ni creo gozar; pero vais á marchar dentro de pocos dias. ¡Ah! permitid me queje de una resolucion que me aflije; ¿estos momentos que os agradan por qué no los quereis prolongar? » Me es imposible, le »contestó la Condesa; la dolorosa pérdida »de mi esposo, me ha cargado de nuevos »deberes que no puedo descuidar: mi ama»da Sofía no tiene ahora mas apoyo en el »mundo que á mí: heredera de los bienes »y títulos de su padre, debo ponerla en »posesion de ellos, y arreglarlos en términos »que pueda ofrecerlos dignamente al hom»bre que elija su corazon; yo deseo el

»momento de fijar su suerte, y tener el »consuelo, antes de bajar al sepulcro, de »dejarla asegurada bajo el apoyo de un »legítimo protector: mi salud es débil, »mis últimos momentos, serian penosos »si la dejase aislada y sin arrimo en su »juventd.» Al decir estas espresiones la Condesa, un torrente de lágrimas se desliza de los ojos de Sofía, que sin responderla toma su mano, la besa con ternura, y la estrecha contra su corazon, que palpitaba de gratitud y de respeto filial; pero Enrique, que cree leer en este proyecto la pérdida de su felicidad, y de las ilusiones que le habian encantado hasta alli, se estremece y cubre su rostro de una palidez mortal, en fin, queriendo salir de duda tan penosa, hace un esfuerzo, y con voz trémula, ¿ »Me »atreveré, la dice, á preguntaros si está »ya echa vuestra eleccion, y cual es el

»sér dichoso, á quien vais á colmar de »ventura, condenando á la desgracia á mil.?" La Condesa mirándole de un modo tan amable que hubiera podido calmar sus temores, si el alma de Enrique no hubiera estado llena de desconfianza y timidez, le contestó: uno solo ha merecido hasta aqui todo mi aprecio, y el de Sofía igualmente; pero no sé aun si amará á mi hija bastante, para sacrificarla su libertad; pues estoy segura no la ha dicho que la ama ni una sola vez. Dudoso Enrique é indeciso, »Sin duda no la »conocerá, esclama al fin, cuando formais »semejante duda; ¿podrá haber sobre la »tierra un mortal, que conociéndola no »haga justicia á su mérito, y no mire co»mo la mayor dicha el don de su mano, y »de su corazon? perdonad, señorita, si »ofendo vuestra modestia (continúa Enri»que, viendo á Sofía cubierta del mas vivo

»rubor) con una esclamacion que no ha »estado en mi mano contener, ella en»cierra una verdad que mil os habrán »dicho, y que otros infinitos por el mas »justo respeto, y creyéndose indignos »de mereceros, ocultan en su corazon: el »hallarse delante vuestra respetable ma»dre me dá esta libertad; en su presencia »creo que sin ofenderos la podes oir.» No, amable jóven, le dice la Condesa, Sofía no se ofende, y yo quiero dar á vuestra prudencia y moderacion, la recompensa que mas puede en el mundo anelar: yo he leido vuestro corazon, yo he sabido apreciar sus sentimientos delicados, y las virtudes que no he cesado de observar y admirar en él. Sofía os prefiere, yo apruebo sus sentimientos, y de vos solo depende el admitir el don de su mano y de su corazon.

En vano buscaria yo espresiones bas-

tante fuertes, para pintar la situacion de Enrique al oir tan terminante declaracion: en el primer trasporte levantó los ojos y los brazos al cielo, para tributarle gracias por un esceso tan grande de felicidad, y cayendo á los pies de la Condesa, besa sus manos y no se avergüenza de bañarlas con el llanto involuntario que baña sus ojos, y le arranca el gozo y la gratitud. Sofía silenciosa no sabe qué decir, pero el movimiento rápido con que se eleva y abate el bello chal que cubre su seno, indica su respiracion agitada, y los latidos de su corazon. La Condesa en fin, que despues de la muerte de su esposo goza por primera vez en este instante un verdadero placer, hace levantar á Enrique, le confirma su dicha, y escucha la confusa mezcla de espresiones de gratitud, de sorpresa y de ternura, que Enrique la dirige con efusion;

pues su alma largo tiempo comprimida, se desahoga con la pintura de sus combates, de sus temores y de todos los tormentos que su pecho ha sufrido, para sofocar, ó al menos ocultar una pasion que miraba como sin esperanza, no conociendo toda la bondad y desinteres de la Condesa y de Sofía, á la que confiesa se reconoce indigno de merecer, y á la que jura eternamente adorar.

La noche habia ya tendido su manto y aun no se pensaban retirar; el resplandor suave de la luna iluminaba su paseo solitario, que el temple fresco del ambiente, y el contento de los tres, hacía delicioso; asi, lo prolongaron hasta bien tarde, sin casi notar que las horas corrian por ellos con rapidez, aunque el relox de palacio, interrumpiendo el silencio de la noche, hacía percibir su sonido metálico, que sobrepujaba al con-

fuso rumor de las cascadas, las que continuando su estruendo monotono habian adquirido mas fuerza, al paso que toda la naturaleza reposaba y parecia descansar. Por fin, temiendo que la humedad de la noche pudiese ser funesta á la Condesa, se retiraron á su casa despidiéndose Enrique, impaciente por ver lucir el nuevo dia en que se han de volver á ver.

La noticia de la felicidad de Enrique no tardó en estenderse por la corte, pues la Condesa, deseando desembarazarse de las solicitudes de cuantos anelaban la mano de su hija, y que se habian hecho mas reiteradas y urgentes, desde que la muerte de su padre hacía á la nueva Condesita dueña de un considerable caudal, se apresuró á publicar que su eleccion estaba hecha, para hacer conocer á los demas pretendientes que nada tenian que esperar: facil es conocer cuantos ru-

mores correrian con este motivo, que fue por varios dias el objeto de todas las conversaciones, y cuantos serian los pareceres, los unos de elogio, y los otros de desaprobacion; pues las personas virtuosas y desinteresadas, se complacian en ver á Enrique obtener una dicha tan envidiada, sin mas títulos que su mérito y virtudes, al paso que los descontentos por verse desdeñados, ó los que solo aprecian á los hombres por sus riquezas ó dignidad, censuraban á la Condesa la eleccion de un segundo sin fortuna, y al principio de su carrera; pero esta señora, que sabia apreciar debidamente el concepto de las personas sensatas y juiciosas, desdeñaba con el mas frio desprecio los juicios, á veces aventurados é injustos, de los que no la merecian esta opinion, y contenta con el testimonio de su corazon, y con la esperanza de asegurar la

felicidad de su hija, prescindia de todo lo demas. Su marcha á la capital se verificó á pocos dias, y Enrique, que las siguió en breve, pasaba en su compañía todos los ratos que le dejaba libres el cumplimiento de su obligacion: á fuerza de su actividad y diligencias, habia podido aclarar la inocencia de Gaspar, descubriendo los verdaderos delicuentes y entregándolos al brazo de la justicia: asi el dia que pudo romper sus prisiones le condujo él mismo á casa de la Condesa, donde ricibió la mas grata recompensa de su humanidad, al presenciar los transportes de la buena nodriza de Sofía, al ver á su amado hijo en libertad, al paso que éste no se cansaba de pintar cuantos alivios habia debido al tierno interes de Enrique, al cual se confesaba deudor de la vida y reputacion, y jurando en muestra de su reconocimiento, seguirle á todas

partes, y no abandonarle jamas. Con efecto, Enrique le llevó á su casa en clase de asistente, y no tardó en tomarle el mayor cariño, viendo cuanto se esmeraba en complacerle, con un celo y fidelidad sin igual.

La Condesa habia fijado para la union de los dos amantes, el tiempo en que se cumpliese el año de su viudedad, y ellos esperaban este término con aquella viva impaciencia, que sin turbar la dicha presente, ofrece la perspectiva de otra mayor; contentos con verse todos los dias, con disfrutar juntos los inocentes recreos propios de su edad, con prometerse una inviolable fidelidad, y un amor inalterable; veian deslizarse el tiempo con rapidez, y acercarse el dia venturoso que habia de colmar su dicha, uniéndolos en el altar para siempre el juramento mas santo.

Enrique habia participado ya á su hermano Marcelo, que seguia viajando, su felicidad, y hasta las galas para solemnizarla estaban dispuestas y casi concluidas. En medio de esta risueña perspectiva, el corazon de Enrique empezó á llenarse de amargura y de recelos, viendo á Sofia asaltada á veces de una tristeza involuntaria que apenas podia disimular. Inquieto y cuidadoso, »¿qué »tienes, querida mia?, la dijo un dia, »yo noto en tus ojos una nube de tris»teza que me estremece, un suspi»ro te se escapa, y las protestas de mi »cariño, lejos de calmarte, parecen cau»sarte un abatimiento singular; ¿temes »que yo no pueda hacerte bastante di»chosa? ¿ó al fin has conocido que yo no »soy ni puedo ser nunca digno de tí? »Háblame, Sofía mia, confia tu corazon »á tu mejor amigo, y si el sacrificio de

»tu libertad te es penoso, dime una sola »palabra, y verás cómo sé morir para »dejarte en libertad." ¿Te he dado, ingrato, le contestó Sofía, tan pocas seguridades de mi afecto, para que me ofendas con tal suposicion? La esperanza de ser tuya para siempre, el título amable de tu esposa, es toda mi ambicion, y la suerte mas risueña que puede en la tierra ofrecerse para mí: si una desgracia imprevista rompiese nuestros lazos, jamas podria ser de otro mi corazon, ni consolarse de tu pérdida: yo te amo por tus virtudes, por tu delicadeza, por tu sensibilidad; tú eres ya á mis ojos mi tierno esposo, y el caro amigo á quien fio mi apoyo y defensa; pero un presentimiento amargo me atormenta, y siento como si una fuerza insuperable se elevase entre los dos; yo sufro por un temor, quizá quimérico, de perderte

pero que no puede disipar mi corazon. Al acabar Sofía, un torrente de lágrimas inunda sus ojos, y hace pasar al alma de Enrique las angustias que sufre, y de las que no la acierta á consolar; en fin, fue necesaria toda la autoridad de la Condesa, todas sus reflexiones y todas sus protestas, para medio consolarlos y calmar á entrambos, mirando las inquietudes y temores de su hija como efecto de una imaginacion preocupada, pero sin poder no obstante desterrar esta estraña preocupacion.

¡Cuánto justificaron á poco los acontecimientos este presentimiento del corazon de Sofía!, pues un dia en que la Condesa se hallaba sola, recibió por el correo una carta cuyo sobre-escrito la hace estremecer, creyendo reconocer en él la letra de su esposo; llena de emocion la abre, y al ver la fecha, que es

desde la Coruña, y la firma del Conde, el esceso de su alegría le hace dar un grito, y se desvanece sin poder continuar. Al ruido acude Sofía, y viendo á su madre en aquel estado, se sobresalta, llama los criados, y haciendo traer socorros, no sosiega hasta verla volver en sí: en tanto la carta permanecia en el suelo sin llamar la atencion, hasta que la Condesa la busca, y con su lectura acaba de convencerse, no solo de que el Conde vive, sino que despues de haber corrido los mayores riesgos, habia podido salvarse, y permaneciendo oculto algun tiempo, preparar su evasion y embarque en un buque que acababa de llegar á la Coruña, á donde no pensaba detenerse sino el tiempo necesario para arreglar su marcha en posta, por lo que calculaba llegar á la córte pocas horas despues del correo en que la daba este

aviso, é iba á marchar. Júzguese con cuánto contento se recibiria esta noticia; en los primeros momentos, todo es júbilo y la mas indecible satisfaccion. ¡Oh cuánto tarda Enrique, ocupado este dia en un acto de servicio, para tomar parte en la alegría comun! Pero éste llega al fin, y Sofía impaciente se apresura á darle parte de su vivo placer. »Mi padre vive, le repite, y aunque no le he »visto desde mi infancia, sus facciones »estan gravadas en mi corazon, y aun me »acuerdo de las caricias que me prodigaba su bondad. ¡Ay Enrique mió! cuánto su presencia va á aumentar nuestra »felicidad." ¡Felicidad! esclama Enrique despues de un momento de suspension; ¡ay Sofía! yo bendigo al cielo que te restituye un padre digno de toda tu ternura; pero no te ofendas si me estremezco al considerar que quizá este acon-

tecimiento me va á separar para siempre de tí. Tu padre, cara amiga, tu padre conocerá todo lo que vales, y empleará sin duda su autoridad para romper los lazos que van á unirte á un hombre sin fortuna, y que podrá creer poco digno de tí; Sofía, perdona á mi ternura unos temores que veo turban tu felicidad, que quizá ofenden á tu padre, al que no conozco, y quizá juzgo por el órden general. »¡ Ah! no temas, mi buen ami»go, le repite Sofía con el tono mas »dulce, mi padre me amó siempre »con la mayor ternura, y es imposible »que quiera hacerme infeliz; yo le repe»tiré mil veces, que sin tí no puedo »ser dichosa, y está seguro no tardará »en completar mi felicidad con su aprobacion." La Condesa, á la que las espresiones de Enrique habian hecho participar sus temores, y que conocia la varia-

cion que este acontecimiento acababa de causar en su situacion, no queriendo desanimar á su hija, ni tampoco inspirarla una seguridad perjudicial, se apresuró á decirla. »Yo creo como tú, hija mia, »que tu padre conocerá el mérito de »Enrique y le sabrá apreciar; pero si por »desgracia fuesen otras sus intenciones, »espero que mis amados hijos no se »olvidarán de su deber, y respetando la »autoridad paterna, como una imagen »sobre la tierra de la Divinidad, me ha»rán conocer no los he juzgado con preo»cupacion, cuando todo lo he esperado »siempre de su virtud: la senda de la »vida está por desgracia sembrada de so»bradas espinas, sobre las cuales es á »veces preciso marchar, para no perder »aquella tranquilidad de espíritu, y aque»lla estimacion anterior de nosotros mis»mos, que á veces solo á fuerza de sa-

»crificios, que tienen en sí mismos, su »recompensa, podemos alcanzar." Al acabar la Condesa estas palabras, un suspiro doloroso se escapa de sus labios, y sus miradas inquietas se fijan alternativamente en Sofía y Enrique, en cuyos rostros estaba pintada la incertidumbre y la inquietud; en fin, todos tres acordaron, que debiendo el Conde llegar de un momento á otro, Enrique se retiraria, hasta que la Condesa hubiese informado á su esposo de sus intenciones, para saber cual era con respeto á ellas su resolucion.

El anuncio del Conde fue esacto, pues con efecto, á las seis horas de haber la Condesa recibido su carta, una silla de posta se para á la puerta, y el Conde se precipita en los brazos de su esposa y de su hija, de los que no acierta á separarse, y que olvidando todo

otro interés, le reciben enagenadas de alegría. ¡Con cuánto orgullo y satisfaccion mira á Sofía! La dejó en la infancia, y la encuentra llena de atractivos, y asi no se cansa de mirarla, y de oir á su esposa asegurarle de sus progresos en cuanto forma la educacion de nna señorita de su rango, asi como de sus sentimientos y conducta, que no cesa de elogiar. El Conde satisfecho, la escucha, y despues de referirla los pormenores de la revolucion, de que ha estado para ser víctima, de sus padecimientos, y del modo casi milagroso con que ha podido salvarse y regresar á su pátria, en el momento que Sofía se habia retirado para prepararle refrescos, y todo lo necesario á su descanso y comodidad. »Al fin, la »dice, vuelvo á España al seno de mi »familia, á donde espero hallar el des»canso y la recompensa á que mis servi-

»cios me han hecho acreedor; ellos me »ponen en el caso de ocupar las primeras »dignidades del estado, y de humillar á »los enemigos envidiosos que con el pre»testo de honrarme pusieron en ejecu»cion toda suerte de manejos para alejar»me de aqui: la edad, las gracias y ri»quezas de mi hija, me ponen en el caso »de asegurar mi favor con un enlace de »los mas ventajosos, al cual por todos »títulos puede aspirar: ella es un medio »seguro de aumentar mi consideracion »y poder; asi al momento espero me di»gas si, como no lo dudo, se ha presen»tado ya algun pretendiente á su mano »que la agrade, y que reuna todo lo ne»cesario á llenar mi intencion." Fácil es de conocer cómo se quedaria la Condesa, con un discurso que la hace estremecer, y el que es la destruccion de sus esperanzas y de la felicidad de Sofía; por lo

tanto, titubea y no acierta con las espresiones que necesita para confesarle la verdad; pero la ternura de madre la anima al fin, y conociendo que su elocuencia y persuasiones son el único recurso que la queda para preservar á su hija del golpe mas cruel, empieza por confesar al Conde los partidos que con efecto se han presentado á Sofía, con la aversion y disgusto que ha mostrado á todos, hasta que la virtud y mérito de Enrique habian fijado su eleccion, que siendo igual en cuanto al nacimiento y solo inferior en fortuna, ella, creyéndose dueña de disponer de su hija, habia aprobado y autorizado esta preferencia y dado su consentimiento para una union, que dentro de muy pocos dias se iba á verificar. »Ellos se aman con la mas pu»ra y viva ternura, sus corazones auto»rizados por mi consentimiento se han

»unido en términos, que será despeda-
»zarlos el tratarlos de separar; si alguien
»es en esto culpable, yo sola lo soy, yo
»sola mereceré tus reconvenciones, pero
»por cuanto hay mas sagrado te ruego
»no turbes su felicidad."

La Condesa habia seguido hablando, sin desanimarse con las miradas de cólera y desaprobacion con que su esposo la fijaba; pero al oir que le rogaba no se opusiese al proyectado enlace, apenas pudo contener su indignacion, y levantándose con violencia, »que yo apruebe »esta union insensata, esclama, no, ja-»mas, jamas; el cielo me ha traido á »buen tiempo para impedir un enlace, del cual no me hubiera podido consolar. »¡Sofía, la hija única del Conde de C. »casada con un joven oscuro, sin títulos, »sin fortuna y sin graduacion, cuando »los primeros primogénitos de la corte

»se disputan su mano entre sí, ¡qué de-
»lirio! ¡Oh! que nunca se me presente
»ese joven osado, que mi hija nunca le
»vuelva á ver, y si deseas que nuestra
»union no se turbe de un modo irrepara-
»ble, que jamas el recuerdo de tal desa-
»cierto escite de nuevo mi indignacion."

Al acabar el Conde estas espresiones, dichas con el tono mas violento, sale de la estancia precipitadamente, dejando á su esposa en una situacion mortal; lágrimas amargas inundan por fin sus mejillas y prestan algun desahogo á su angustia; cuando Sofía entra, y al verla en tal estado se sobrecoje, la hace cien preguntas, y al penetrar entre las turbadas y confusas espresiones de su madre, la oposicion de su padre, y que está decidida su suerte, un temblor general se apodera de sus miembros, pierde el color y cae sin sentido entre los brazos de

aquella, que la estrecha en ellos, y no puede apenas resistir un espectáculo tan cruel para su corazon maternal, acusándose á sí misma de ser la inocente causa de las penas de su hija, por haber aprobado y autorizado su pasion; apenas halla en el testimonio de su conciencia, y en el convencimiento de la rectitud de sus intenciones, el consuelo necesario á su vivo pesar: por fin, prodigándola las mas tiernas caricias, y ocultándola las poquísimas esperanzas que su corazon abriga, recurre para calmarla al mas eficaz de los medios para un alma virtuosa, cual es el recuerdo de su deber, la resignacion á los decretos del Altísimo, y la esperanza de que la Divina Providencia no dejaria sin recomponsa su obediencia y humildad; pero las heridas del corazon de Sofía eran demasiado vivas, y estaban sobrado recientes para que éstos, apesar

de su eficacia, pudiesen hacer sino á medias su efecto: por lo tanto, la Condesa le permitió, y aun indicó como el mas prudente, que se retirase á su habitacion á llorar en secreto, conociendo que en los grandes dolores, los consuelos intempestivos, lejos de prestar alivio, acibaran el mal, y se encargó al mismo tiempo de participar al triste Enrique, del modo mas suave posible, la sentencia terrible que le condenaba á ser infeliz. A este fin, y no teniendo valor para verle y presenciar otra escena como la que acababa de sufrir, le escribió una carta la mas cariñosa, en la que al paso que le reiteraba las mas vivas protestas de su afecto, y que le miraria siempre como á hijo, le daba la cruel noticia de que por entonces debia renunciar al proyectado enlace, y á toda comunicacion, aunque dejando para dulcificarle tan terrible

nueva, entrever un porvenir en que quizá los sentimientos y resoluciones de su esposo, pudiesen variar: en fin, acababa exortándole á la moderacion, y á desplegar en esta dificil coyuntura, las virtudes de que ella habia hecho siempre un concepto tan ventajoso, y sobre las cuales se habia cimentado su cariño y estimacion ácia él.

La impresion que esta carta hizo en el alma del agitado é impaciente Enrique, es mas facil de comprender que de pintar; su mano tiembla al abrirla, y desde la lectura de los primeros renglones, su rostro se cubre de una mortal palidez, y pudiendo á penas leerla hasta el fin, queda por largo espacio como herido de un rayo, sin movimiento, y casi sin respiracion; pero á esta aparente calma, sucede un arrebato de frenesí, sus ojos se animan, la rabia, el

furor y la desesperacion se pintan sucesivamente en ellos, sus dientes rechinan, y sus manos se aprietan con una violenta contraccion: el moderado, el juicioso Enrique, es en aquel momento una furia: tal es el poder espantoso de las pasiones, cuando nos llegan á dominar.

»¡Padre bárbaro! esclama en fin, ¡pa»dre cruel, que sales del sepulcro para »precipitarme en él! no, no me arranca»rás mil veces mas que la vida: no me »quitarás con Sofía la mas completa fe»licidad: ella es mia, sus promesas y la »autoridad respetable de una madre, »ha unido al mio su corazon; el Sér Su»premo ha oido nuestras promesas, es »mi esposa y solo con la vida me la arran»carás. Sofía me ama, su boca inocente »y pura, incapaz de falsedad ni artificio, »me lo ha jurado mil veces; su alma sin »doblez, su corazon sensible y generoso,

»es incapaz de prestarse á tus miras am-
»biciosas, y cuando me asesinas, traspa-
»sas igualmente su pecho. ¡Sofía, Sofía!
»¿donde ha volado nuestra próxima fe-
»licidad? ¿á donde los dias risueños, cu-
»ya carrera íbamos á empezar, y que
»van á ser sucedidos por un abismo de
»dolor? Angel sobre la tierra, tú eras
»demasiado perfecta para un mortal,
»el cielo me castiga por mi temeri-
»dad al pretenderte, y solo puedo es-
»piarla muriendo de pesar." Al acabar Enrique estas espresiones, su furor ha desaparecido, y un enternecimiento involuntario, cubre sus mejillas de lágrimas. Avergonzado de su debilidad, y de sus furores, mira á todos lados como recelando no hallarse solo, y sus reflexiones y combates vuelven á empezar. El alma de Enrique era vehemente, sus pasiones fogosas; pero sus principios de vir-

tud, de generosidad y de nobleza, debian al fin vencer. »¿Por qué me irri»to, se dice al fin á sí mismo, porque »el Conde piense de igual modo que »yo he pensado largo tiempo? Haciendo »justicia al mérito y cualidades de Sofía, »huí de su vista, conociendo no debia »pretender su mano, no teniendo que »ofrecerla mas don que el de mi cora»zon; su bondad escesiva y la de su ma»dre, han sobrepujado mi ambicion, y »hecho tocar al mas supremo grado de »felicidad; pero ¿debo exigir de su pa»dre igual esceso de generosidad? El »estado de nuestras esperanzas, es solo »el título que yo puedo alegar; ¿pero »ha perdido por esto el Conde sus de»rechos? no, mi delirante pasion no de»be hacerme injusto. ¡Sofía! ¡bella y en»cantadora Sofía! ¿cómo el que ha esta»do tan próximo á llamarte suya, á con-

»sagrarte su existencia, y á vivir solo »para tí, podrá renunciar esta perspec- »tiva, y sumirse en un abismo de tor- »mentos, de los que tú vas á participar? »¿y habrá alma tan bárbara que nos con- »dene á este suplicio? ¿y yo no te de- »fenderé, y seré tan vil y tan cobarde, »que te deje arrebatar de mis brazos? no, »jamas, jamas." Asi luchaban en el alma de Enrique los mas encontrados sentimientos, hasta que cansada la naturaleza de sus combates, fue por grados atrayendo aquella especie de abatimiento, que deja mas lugar á oirse la imperiosa voz del deber y de la razon; ambos era forzoso triunfasen en el alma de Enrique, y asi aprovechándose de un momento, en que se hallaba mas exaltado con los sentimientos de delicadeza, y de nobleza de alma que le eran propios, escribió á la Condesa la pintura de sus

penas; pero al mismo tiempo lo resuelto que se hallaba á conducirse en todo por sus consejos, dejando á Sofía en la mas completa libertad; que sepa vuestro esposo, concluia, que si no puedo lograr la mano de su hija por mi limitada fortuna, no soy indigno de ella por los sentimientos que la sangre que circucula por mis venas me ha sabido transmitir; mi pasion funesta, ha podido alucinarme y hacerme osado, al pretender un conjunto tan inmenso de perfecciones, sin que la menor idea de ambicion tuviese entrada en mi corazon: decidle, en fin, que respeto la autoridad paterna y no la atropellaré; pero que el amor que me consume durará tanto como mi existencia, la que he jurado consagrar á Sofía, y este juramento bajo cualquier título, le sabré cumplir: quizá el Sér Supremo me presentará la

ocasion de acreditar esta verdad, y la pureza de un sentimiento digno de Sofía y de mí.

Asi concluia Enrique su carta, y la Condesa sintió con ella una mezcla de amargura y de consuelo; pues al paso que cada vez sentia mas romper unos lazos, que se habia complacido en formar, y que conocia asegurarian la sólida dicha de Sofía; los sentimientos generosos y moderados de Enrique, y la seguridad de que se hallaba dispuesto á ceder sin recurrir, como podia, á medios violentos y siempre escandalosos, la servia de alivio en su pena, esperándolo todo del tiempo, de la moderacion, y sobre todo, de Dios: procurando inspirar á Sofía esperanzas, aunque remotas, de un porvenir mas dichoso, se esforzaba en derramar sobre el destrozado corazon de su hija un bálsamo saludable

que mitigase sus penas, ya que su ternura maternal, no las podia destruir; con todo, apesar de cuantos esfuerzos hacia esta joven amable por componer su semblante, en él estaba pintada toda su afliccion, que las miradas severas de su padre aumentaba, llenándola al mismo tiempo de una indecible timidez.

El Conde tenia un fondo honrado y generoso; pero criado entre las adulaciones que por desgracia rodean la opulencia, se habia desde su juventud acostumbrado á no hallar contradiccion á sus deseos, y por lo tanto, se habia hecho insensiblemente despótico é incapaz de sufrir oposicion. Oyendo incesantemente repetir á las personas mundanas y sin religion, que la grandeza, la riqueza y el poder, eran el bien supremo, habia llegado á juzgarlo asi, y engolfado en las miras de la ambicion, y en

las intrigas que nacen de ella, y que por desgracia ocupan una gran parte de la vida de muchos cortesanos, se habia viciado su caracter y endurecido su corazon, en términos, que apesar de notar la resignacion de su hija, se indignaba de las señales de su interior desconsuelo, mirándola con una muda reconvencion; su disgusto no tardó en mostrarse á las claras, y dando rienda suelta á su cólera y descontento, »veo, la dijo un dia, que »cuando yo esperaba hallar en mi regre»so al seno de mi familia, un motivo »para ella de alegria, se mira como una »calamidad el que no haya bajado al se»pulcro, en el que se me habia juzgado »hasta aqui: quizá soy odioso á mi espo»sa y á mi hija, porque no me presto »ciegamente á un capricho criminal, á »una locura inconcebible: yo debo en»tregar mis bienes á un joven sin títulos,

»sin fortuna y sin consideracion: á el »segundo de una casa pobre y arruina»da; ó hacerme odioso á mi familia, que »tal vez maldice en secreto mi existen»cia, y la que apellidará mi crueldad.» Padre mio (dice Sofía juntando las manos con la mas dolorosa esclamacion), ¿en qué he merecido las duras espresiones que acabais de proferir contra mí? el cielo me es testigo que daria mil veces mi existencia, si con ella pudiese prolongar un solo dia de vuestra preciosa vida; yo creo es un sacrificio muy corto el de mi felicidad, si con él he comprado la certidumbre de que el rumor de vuestra muerte fue falso; pero perdonad á vuestra hija un sentimiento, que todos sus esfuerzos no pueden vencer. Si yo hubiera podido saber que aun dependia de vuestra voluntad, jamas sin vuestro beneplácito hubiera abandonado mi corazon á

la pasion que le domina y todo parecia justificar: vos no conoceis, padre mio, todas las virtudes, todo el mérito y toda la ternura de Enrique: yo le miraba ya como un esposo amado á el cual mi suerte se iba á unir; vuestra voluntad nos separa, y yo la respeto; pero mi alma sufre y vuestra hija no sabe el arte pérfido de fingir. Enrique igualmente sufre, él no tiene el consuelo de ceder á la voluntad de un padre; con todo, respeta la vuestra, y no se presenta á mi vista, ni nuestras almas han tenido al menos el consuelo de decirse el último á Dios. ¡Oh padre mio! yo os pido un solo consuelo; permitidme ver á Enrique una sola vez; si me concedeis esta gracia, yo creo estaré mas tranquila, y podré disipar una parte de la amargura que notais en mi semblante, y que no puedo dominar. »Estraño y pueril capricho, la

»contesta el Conde, conmovido á su pe-
»sar; pero yo acepto tu palabra Sofía,
»destruye de una vez las esperanzas de
»ese joven temerario, dale el á Dios pos-
»trero, y que nunca, nunca lo entiendas,
»ni vuelva á verte, ni á recordárseme
»nada que tenga relacion con él." Al acabar el Conde estas palabras, se retira, y el alma de Sofía siente un pasagero rayo de alegria: la seguridad de ver á Enrique, el poder mostrarle toda la amargura que su alma siente de perderle, el pedirle perdon de las penas que á su pesar le causa, y el cumplir el deber sagrado de volverle su libertad, cree aliviarán su angustia, y la proporcionarán alguna mas tranquilidad; asi se apresura á participar á la Condesa el permiso que ha obtenido, á fin de que prevenga á Enrique de la dolorosa entrevista que no quiere diferir. Con efecto, sa-

biendo qne el Conde habia de ocupar toda la tarde fuera de casa, eligen este momento para estar con mas libertad; la hora llega, y Sofía con la mas dolorosa impaciencia aguarda en el gabinete de su madre (que en vano trata de calmarla) aparecer el caro objeto de todas sus esperanzas, que para siempre va á perder; y al que habian avisado podia venir á darlas el último á Dios.

Solo diez dias hace que Sofía ha dejado de ver á Enrique, y al abrir éste la mampara del gabinete, los ojos del amor únicamente le hubieran podido reconocer; su aire abatido y desaliñado, la palidez de su rostro, el desorden de sus miradas y lo trémulo y vacilante de sus pasos, lo desfiguran y alteran dando indicios de su dolor; la afliccion mas acerba se apodera del alma de Sofía, y levantándose con un movimiento involuntario, queda inmovil

sin poder proferir una palabra, al paso que Enrique, absorto, la contempla en silencio; pero la Condesa que conoce demasiado el corazon humano, para nó temerlo todo de este dolor reconcentrado y silencioso, se apresura á romperlo, llevando á aquellos dos desgraciados á un enternecimiento, que les fuese menos perjudicial. Hijos mios, les dice con una voz llena de ternura, ¿será posible que no halleis en vuestras virtudes la fuerza necesaria para sufrir la adversidad? ¿será dable que no confieis en que el Sér Supremo premiará vuestros esfuerzos despues de haber probado vuestra virtud? Hijos mios (pues ambos lo sereis siempre para mí), no me hagais con vuestras penas la mas amarga reconvencion, harto me acuso á mí misma de ser el primer movil de vuestra infelicidad. Al acabar la Condesa, un torrente de lágri-

mas se desprende de sus ojos, y hace brotar otro de los de Enrique y Sofía, cortando la funesta suspension que los embargaba, y haciéndolos precipitarse á entrambos á sus pies; la Condesa se aprovecha de este momento de enternecimiento, y haciéndolos levantar y sentarse á su lado, »Por qué renunciar á la esperan»za, les dice al fin, mi esposo está preo»cupado, quizá el tiempo y la dulzura »le desengañarán, su deseo es laudable, »cree, realizando sus miras, asegurar la »felicidad de su hija: compadezcamos su »error, y respetemos su sagrada autori»dad; ¿qué sacrificio hay demasiado pe»noso cuando lo dulcifica la virtud? el »corazon de una madre es á veces un »oráculo, y el mio me anuncia que no »quedará sin recompensa vuestra obe»diencia y resignacion; ademas, que nada »iguala á la dulzura de repetirse uno

»á sí mismo: he cumplido con mi deber." Las espresiones de la Condesa habian logrado su objeto, proporcionando á los dos amantes un poco de alivio y serenidad. »Sofía, esclama al fin Enrique, la »pasion que me domina puede hacerme »desgraciado sin hacerme injusto, yo co»nozco que no te merezco, y que tu pa»dre anela justamente para tí un esposo »que reuna todas las ventajas, que el des»graciado Enrique no te puede ofrecer; »aunque mi suerte fuese otra, aunque »yo poseyese la mayor corona del orbe, »aun me conceptuaria indigno de tí: asi »no culpo á tu padre, sino á mi suerte »infeliz; tu bondad, y la de tu madre »me hicieron aspirar á una dicha que el »cielo me roba justamente, pues no la »merezco; pero á cuya pérdida no po»dré sobrevivir." »¡Ah! tú vivirás y se»ras dichoso, le dice Sofía, pues nada

»tienes que echarte en cara, yo soy la »que jamas podré consolarme, ni tolerar »las reconvenciones de mi propio cora»zon: Enrique, tú me lo has repetido »cien veces, tú no tratabas de aspirar á »mi mano, tú me evitabas y huias de mí; »sin las esperanzas que yo misma te he »dado, tú me hubieras olvidado facil»mente, sin dar pábulo á la pasion fu»nesta que te destroza ahora el corazon; »¿y qué se han hecho estas esperanzas? »dime tú mismo si hay sobre la tierra »una situacion como la mia, para no ser »injusta contigo; yo tengo que atrope»llar el respeto paternal, yo he de desobe»decer á mi padre y dar un paso siem»pre repreensible y que compromete la »reputacion de una doncella, por mas »razones que la puedan escusar; tú lo »sabes, mi caro amigo, yo amo mas que »la felicidad y que la vida, la modestia

»y el honor, yo creeria perder, aun á »tus mismos ojos, por el paso que daba »á tu favor, y prefiero mil veces la muer»te á el hacerme indigna de tu estima»cion." »Alma pura, esclama Enrique, »cuanto se aumenta mi aprecio ácia tus »virtudes, por el convencimiento de to»da tu delicadeza y dignidad. Tranqui»lizate, cara amiga, los momentos de fe»licidad que he disfrutado á tu lado y »y el convencimiento de que me honras »con tu aprecio, me pagan con usu»ra un siglo de tormentos que tenga »que sufrir; jamas podré ser completa»mente desgraciado mientras me repita »á mí mismo: »Sofia me hubiera pre»ferido, no me aborrece, y se compadece »de mí." »Libre eres cara amiga, ojalá »seas tan dichosa como mereces serlo, »yo procuraré no turbar tu felicidad; »jamas otra muger poseerá el corazon de

»Enrique, yo te lo prometo ante el Sér »Supremo; siempre tendras en mí un »amigo, un amigo, Sofía, que si es nece»sario, aventurará su vida por tí; á Dios, »yo no debo verte ni aprovecharme de»masiado del permiso de tu padre; »mi corazon es debil, te amo con vee»mencia, y conozco debo huir de tí para »no dejarme arrebatar de la pasion que »me domina; á Dios vuelvo á repetir; y »vos, á quien siempre miraré como mi »segunda madre, acordaos alguna vez de »que Enrique os ama y os venera, y se»rá mientras viva un hijo respetuoso qne »siempre os amará." Al decir estas espresiones Enrique, se levanta agitado de un temblor violento, toma las manos de la Condesa y de Sofía, y besándolas con respeto, las arroja una mirada dolorosa, y como temiéndose á si mismo, toma el sombrero y se apresura á salir con precipitacion.

Largo rato permanecieron madre é hija en un silencio cruel, el velo de la muerte parece estendido sobre el alma de Sofía, que juzga acabó todo en la tierra para ella: la promesa que su padre la ha exigido de no volver á ver á Enrique, ni á hablarle de él, es una losa pesada que comprime su corazon; para colmo de su tormento, ha prometido mostrar un semblante mas tranquilo, y duda poderlo conseguir; con todo, hace los mayores esfuerzos sobre sí misma, para mostrarlo sereno en presencia de su padre, y en reparar sus frecuentes y dolorosas distracciones, con una sonrisa que por mas que quiere sea afable, es una muestra si cabe mas visible de su amargo dolor; pero el Conde, que conoce se procura obedecerle, se hace el desentendido, y espera que el tiempo y el brillante partido que á su hija prepara, la consolarán con facilidad.

No lo juzgaba asi su esposa, en cuyo seno depositaba Sofía sus penas con seguridad; conociendo ésta el carácter firme de su hija, y todas las amables prendas de Enrique, en que se fundaba la pasion de ésta; veia con dolor que su mal era de aquellos que no se curan con facilidad; ésto la habia movido á aventurar con su esposo varios esfuerzos, siempre inútiles, y recibidos con tanto desagrado, que la habian hecho enmudecer: inquieta sobre la suerte de Enrique, habia sabido que despues de estar largo tiempo totalmente consagrado al retiro y con todas la señales de una tristeza tan profunda, que hacía temer mucho por su salud, habia pedido ser empleado en una comision que le alejaba con alguna tropa de la capital, de la que habia marchado sin detenerse, y á la cual parecia que en bastante tiempo no debia volver, sin que le

desamparase el fiel Gaspar, que conservaba á su lado, y que cuando escribia á su madre, jamas nombraba á su señor, lo que hizo conocer fácilmente lo hacía por habérselo éste mandado espresamente asi.

Cuán diversos sentimientos ocupaban en tanto el alma del Conde: entregado enteramente á los proyectos de engrandecimiento y ambicion que le dominaban, habia tratado el casamiento de su hija con el hijo mayor del Marques de D., quizá uno de los mayores propietarios de la corte, y que por su favor é influencia parecia dominar á todos los demas; no era el Marquesito, que se destinaba para esposo de Sofía, repugnante, ni por su figura, ni por estar notado de una marcada disolucion; pero su talento era limitado, estaba dotado de una vanidad escesiva y de una estrema presuncion, que le hacía incapaz de querer á

nadie sino á sí mismo; pero se casaba por costumbre de dar sucesores á su casa, y por especulacion, pues teniendo Sofía un caudal considerable y desempeñado, contaban tanto él como su padre, con su dote, para reparar el desórden de su fortuna completamente desorganizada, por los escesos que estaban muy lejos de querer corregir ni moderar: ademas, Sofía era hermosa, y su mano solicitada de muchos á quienes el Marquesito se complacia con la idea de humillar; en fin, el Conde debia, con este motivo, obtener un empleo de los mas ambicionados, y que ocupaba justamente un émulo suyo que se trataba de derribar, para satisfacer las quejas y resentimientos que el Conde tenia contra él; no era esta empresa demasiado fácil, los enemigos del Conde que espiaban sus acciones, no tardaron en adivinar una parte de sus pro-

yectos, y el odio, el resentimiento y la venganza de unas almas esentas de virtud, empezaron á cabar el hondo precipicio en que le pensaban precipitar: no les fue esto dificil, el oro y el poder, empleado por unas manos que no reparaban en los medios, con tal de que fuesen útiles á su fin, reunieron todo lo necesario para formar contra el Conde las mas horrible acusacion. Su destino en América, le habia hecho disponer del oro y de los recursos de la provincia, que como hemos dicho se habia sublevado poniéndole á punto de perecer; su fuga precipitada, y en la que todo lo habia tenido que abandonar, le habian hecho regresar á España sin los documentos que podian justificar su conducta, y el buen desempeño de la comision que el Soberano le habia confiado, y cuyo mal éxito no se le podia de ningun modo atribuir; pe-

ro abrian un campo vasto á sus enemigos para acusarle, no solo de descuido y mal desempeño, sino de la mas indigna y premeditada traicion; testigos viles comprados á fuerza de oro, entre varios miserables resentidos de la severidad con que el Conde los habia castigado en América, desde donde habian regresado á España, su mala conducta ó poca fidelidad; documentos falsificados, en fin, cuanto es necesario para alarmar y sorprender la justa vigilancia del Gobierno, todo se iba acumulando en secreto, y la mina estaba cerca de rebentar, cuando el Conde engreido y alucinado en sus ideas y esperanzas creia tocar al colmo de sus deseos, con la premeditada union de su hija, á la que aun no se habia atrevido á hablar de este asunto; pero un dia armándose de un aire decidido y severo, que indicase desde luego su irrevocable

voluntad, y alejase toda réplica y objecion, hizo llamar á su esposa, á la que habló asi.

» Te llamo para noticiarte acabo de concluir el contrato que va á unir á nuestra hija, á el hijo primogénito del Marques de D.: su nacimiento, su opulencia, el favor de su padre, y la bellas prendas del que elijo para esposo de Sofía, aleja toda juiciosa oposicion; yo ni la espero, ni sabré tolerarla; asi hoy mismo deben empezar á hacerse los preparativos, y á tí te doy el encargo de informar á Sofía, y el de aconsejarla no tenga la osadia de mostrar á mi voluntad ni una sombra de oposicion; que tiemble, la dice con aire altivo, que tiemble tanto por el suyo como por tu propio interés, de no apresurarse á cumplir con gusto el precepto paternal." La sorpresa y la amargura que la Condesa sintió al escuchar á su esposo, la impidie-

ron por largo rato responder; al fin haciendo un esfuerzo, » Serás obedecido, le dice, Sofía sabrá cual es tu resolucion, y yo procuraré exortarla á que se conforme á ella; pero conozco demasiado su corazon, para no dudar pueda consumar el sacrificio que exiges de su obediencia filial; yo faltaria á mi deber si no te recordarse que el poder paternal tiene sus límites, que no es dado traspasar; debemos dirigir á nuestros hijos sin violentarlos á sacrificios que repugne su corazon: ojalá el alma de Sofía, sea por sí misma capaz del esfuerzo necesario para ceder á tu gusto; pero si lo repugna, si el enlace que la propones la causa horror, no creas obligarme á que me una á tí para violentarla, procuraré reducirla con la dulzura, pero jamas, jamas, lo repito, añadió (viendo la cólera pintada en el rostro del Conde) emplearé en este asunto mi autoridad."

No trato de referir la escena desagradable que se siguió á estas palabras de la Condesa; su esposo ofendido la acusó de capricho y parcialidad, y reiterando sus órdenes se separaron los dos esposos, sin saber la Condesa como dar á su hija la fatal noticia que conocia cuanto la iba á contristar; por fin, despues de mil rodeos tuvo que confesarla la órden terrible que se la habia encargado, y que dejó á la infeliz Sofía mortal: la pérdida de sus esperanzas, la órden terrible de renunciar á el objeto de su eleccion y de su ternura, la habia parecido cruel y superior á sus fuerzas; ella habia necesitado para cumplirla recurrir á toda su virtud; pero el dar su mano á otro, el unir su suerte á la de un hombre que aun cuando su corazon se hallase libre, hubiera mirado con desprecio, y el cual jamas hubiera podido inspirarla ni ternura ni estimacion, era un esfuer-

zo que repugnaba igualmente á sus sentimientos y á su razon: asi, á pesar de las exhortaciones de su madre para que procurarse vencerse, y acabase de dar esta prueba de respeto filial, conoció le era imposible tal esfuerzo, y armándose de la firmeza que era la base de su carácter, se decidió á sufrirlo todo antes que comprometer su eterno reposo, estrechando unos lazos cuyos deberes estaba segura le eran imposible cumplir; pero esta misma resolucion la llenaba de la mayor amargura: la idea de desobedecer á su padre, el no conformarse en todo á su voluntad, y el parecer rebelde á sus preceptos, aunque fundada en los mas poderosos motivos, la llenaban de dolor, y creia ser un ejemplo funesto de desobediencia despues de haber hecho el mas penoso sacrificio por no merecer esta imputacion. Sofía quizá

no hubiera podido resistir á sus penas, á no recurrir al consuelo mas poderoso de las almas puras y afligidas, acogiéndose á la religion; retirada en su estancia se postra en el suelo, eleva sus manos y sus ojos cubiertos de lágrimas al cielo, é invoca el nombre del Sér Eterno para que la sostenga y dirija, enterneciendo el corazon de su padre, sin verse reducida á una estremidad.

Los ruegos de Sofía no fueron en vano; al acabar sus fervientes votos, sintió renacer la calma y el esfuerzo en su corazon; una voz interior parece asegurarla, y queriendo aprovechar aquella disposicion de su espíritu, se dirige á la habitacion de su padre, al que ruega con tono sumiso la permita hablarle en particular.

El Conde, sorprendido del aire sereno de Sofía, no sabe que pensar, y

haciendo retirar á sus criados, la pregunta que quiere, con un aire marcado de severidad; pero Sofía sin intimidarse, y uniendo la firmeza al respeco, le habla asi.

»Señor, mi respetable madre acaba »de anunciarme vuestras órdenes, y el »terrible precepto que me mandais cum»plir; yo no me atreveria á replicaros, »si solo tuviese que oponer mi corta edad, »y el deseo de permanecer á vuestra som»bra, sin apresurarme á empeñar mi li»bertad; toda razon cederia á mis ojos »á la de complaceros, si el grito inte»rior de mi conciencia, no me dijese »que no puedo obedeceros sin hacerme »culpable y criminal: escuchadme, padre »mio, escuchadme os ruego, y no me »hagais, sin oirme, el blanco de vues»tra indignacion; yo no puedo caminar »al altar á donde quereis conducirme, »ni unir mi suerte al esposo que vuestra

»voluntad me destina, sin hacerme culpa»ble de un perjurio y de una horrible »falsedad: ¿cómo me atreveré á jurar »en presencia de Dios y de los hombres, »amar á uno que mi corazon mirará siem»pre con tal repugnancia que no creo seré »dueña de vencer? perdonadme, padre »mio, todos mis esfuerzos no han podi»do borrar de mi alma el recuerdo del »primer objeto de mi inclinacion: he sa»bido, por obedeceros, renunciarle; pero »no está en mi arbitrio el poderle olvi»dar, ¿y daré yo mi mano á un esposo, »cuando es de otro mi corazon? ¿con»traeré unos deberes que no puedo lle»nar con fidelidad? ¿y uniré mi suerte »á un esposo del cual no puedo hacer la »dicha, y á el cual otro objeto disputará »sin cesar mi ternura? la angustia, la in»quietud y los remordimientos, serian mi »eterno patrimonio, y labrarian no solo

»el suplicio de mi vida, sino la del hom-
»bre á quien habria jurado sobre el altar
»del Altísimo hacer feliz. ¡Ah! no espon-
»gais, padre mio, la débil virtud de vues-
»tra hija á tan crueles combates, á los
»que quizá no podria resistir. Dejarla
»bajar al sepulcro inocente, y si el cielo
»no la concede la felicidad sobre la tier-
»ra, que al menos no se esponga al mas
»cercano peligro de ser eternamente in-
»feliz."

El acento de Sofía era tan persuasivo, el estado amargo de su alma estaba tan vivamente pintado en sus ojos, y en toda su espresiva fisonomía, que el Conde, á pesar suyo, la dejó continuar hasta el fin, y aun permaneció en silencio algunos momentos, como dudoso de lo que debia responderla, y si mostrarse templado, ó dando vuelo á su cólera y disgusto; por fin, conociendo que las razo-

nes de Sofía eran harto poderosas, y convencido de que en un alma como la suya, hacian mas impresion los medios generosos que el rigor, »Sofía, la dijo al fin, procurando dulcificar su semblante, pero sin perder nada de su gravedad, solo la preocupacion que te domina ácia un objeto, que cediendo al precepto paternal debias haber olvidado ya, te oculta las ventajas de un enlace al cual no puedes hacer ninguna justa oposicion, y que es una prueba de mi ternura ácia tí, y de lo que me desvelo en asegurar tu felicidad; yo debia hacer respetar mis órdenes, y despreciar esos escrúpulos que te sugiere tu pasion, y que se desvanecerian cuando te vieses unida á un esposo estimable, al que no tardarias en hacer justicia y amar; con todo, yo quiero ceder una parte de mis derechos, y obtener de tu ternura un consentimien-

to, que podia arrancarte mi autoridad. Sin renunciar al enlace tratado, y en el que está mi palabra comprometida, buscaré el medio de diferirla, hasta que te sea menos repugnante su ejecucion; pero esto es solo bajo una promesa: mañana te presentaré á tu futuro esposo, no dudo le recibirás con las consideraciones que tiene derecho á exigir de tí; su frecuente trato espero te desengañe, y haga le adquieras el aprecio y cariño que debe asegurar tu felicidad; un padre te lo ruega, y lo espera como una prueba de tu obediencia y filial amor."

Estas espresiones bondadosas del Conde, penetraron profundamente el corazon de Sofía; no dudeis padre mio, le dijo, que vuestra hija hará cuantos esfuerzos esten en su mano para obedeceros; pero si son inútiles (añadió tomando la mano del Conde, que besó con ternura, mo-

jándola con las amargas lágrimas que no podia contener) si son inútiles, perdonad á vuestra hija, y no la condeneis á la infelicidad. Al acabar Sofía estas palabras, se retiró mirando como un consuelo la dilacion que habia podido obtener.

Segun el Conde se lo habia anunciado á su hija, al siguiente dia fue presentado á Sofía y á la Condesa el Marquesito de D. acompañado de su padre; ambas le conocian ya, pero sin haber tenido un particular trato ni mas ocasiones de observarle, que la de concurrir en algunas sociedades, donde no les habia merecido el mas ventajoso concepto, ni dado lugar á formar de él un estudio particular; facil es de conocer cuanta violencia tendria que hacerse Sofía, para no dejar reparar todo su disgusto; pero deseosa de mostrar á su padre cuan dis-

puesta estaba á obedecerle en cuanto fuese compatible con sus ideas de justicia y equidad, los recibió con un modo atento, y procuró alternar con la conversacion, que no tardó en hacérsela intolerable; pues el Conde se retiró con el Marques á un hueco de una ventana para hablar de asuntos políticos, y el Marquesito, quedándose solo con las damas, y queriendo, segun sus ideas, darlas alta idea de sí, creyó lograrlo haciéndolas reparar, que el bello paño de su frac, hecho de última moda, y segun tuvo á bien decirlas, por el sastre de mas opinion, era de Louvier, como igualmente todos sus adornos traidos del estrangero, sin que nada perteneciese al suelo español; en seguida las mostró su lente, sus sortijas y la cadena de su relox, y empleó un cuarto de hora hablándolas de su hermoso alazan, y de

una nueva carretela que esperaba de Paris. Creyendo por último hacer un cumplido á Sofía y lisonjear su vanidad, no hubo señorita en la corte á quien no censurase, y de la cual no indicase era favorecido con marcada preferencia, al paso que él las miraba con desprecio y desden, indicando de un modo bastante claro cuan complacida y honrada debia contemplarse Sofía, con la prefencia que se dignaba darla sobre todas las demas. Solo el temor de disgustar al Conde pudieron hacer á Sofía y á su madre contenerse, sin dar al Marquesito muestra clara de su disgusto, pues cuantas le dieron indirectas de su desaprobacion, fueron absolutamente desentendidas de un fátuo, sin talento y lleno de presuncion; júzguese cuantas amargas reflexiones se le ocurririan á Sofía de tropel, y con cuanta viveza la imagen de Enri-

que se presentaria á su imaginacion: su conversacion tierna é instructiva, su benevolencia ácia todo el mundo, en fin, la dulzura y afectuosa espresion de sus palabras, resonaban aun en los oidos de Sofía, que no podia menos de compararlo con lo que escuchaba, estremeciéndose con la sola idea de unir su suerte con un hombre que cada vez la repugnaba mas; asi, cuando se terminó la visita, se apresuró á retirarse á su habitacion, abismada en una melancolía y abatimiento dificil de pintar.

No era Sofía tampoco muy á propósito para interesar al Marquesito; las contorsiones y manejos de una coqueta artificiosa hubieran sido mas de su humor, que el aire modesto y reservado de Sofía; por lo que no dudó asegurar á sus amigos, que su prometida esposa era un bello autómata, al cual se uniria por

razon de estado y por conveniencia; pero sin que pudiese mirarla sino con frialdad: poco importa esto, les añadió, con respecto á una muger propia, con la cual no pienso tener mas relaciones que el bien parecer. Este último rasgo creo hará conocer los sentimientos del Marquesito, y que no era de ninguna manera infundada la oposicion que Sofía no podia dejar de tenerle. Con todo, él continuaba visitándola y acompañándola algunas veces cuando se presentaba en público; lo que no dejaba á nadie duda de que no estaba lejos de verificarse su union.

No tardaron estas noticias en llegar hasta los oidos de Enrique, que permanecia ausente de la capital, y apesar de sus resoluciones, esta nueva fue un agudo puñal que dividió su corazon. Pronto, se decia á sí mismo, pronto tendré

que renunciar hasta el consuelo de pensar en ella, y no podré sin crimen conservar el dulce recuerdo de una muger, esposa de otro mortal; ¿y me será dado olvidarla? ¡Ah! nunca, los vanos esfuerzos que he hecho para conseguirlo, me prueban que nunca lo podré, y que solo me resta un arbitrio, cual es el de morir. No estaba Enrique muy lejos de esta estremidad; ya hacía dias que su salud se resentia de sus penas interiores, y estas nuevas acabaron de postrarle en el lecho, atacado de una peligrosa enfermedad.

Felizmente Enrique se hallaba hospedado en casa de una honrada viuda, á quien la pobreza habia precisado á tener huéspedes, despues de haberse visto en mejor situacion; era de edad media, y estando llena de buenos sentimientos, se dedicó con el mayor esmero á la asis-

tencia de Enrique, que con su escelente conducta, y viéndole siempre abismado en la tristeza, se habia adquirido su compasion y aprecio. El honrado Gaspar velaba tambien incesantemente al lado de su amo, al cual tenia un amor entrañable, y como habia recibido en casa de la Condesa muy buena educacion, habia llegado á ser para su señor un amigo, mas bien que un doméstico. Muchos dias se pasaron sin que la enfermedad de Enrique pareciese ceder, y haciéndoles temer por su vida; un delirio continuado turbaba la razon de Enrique, que profiriendo el nombre de Sofía sin cesar, unas veces la acusaba de perfidia y de incostancia, y otras la disculpaba y hacia votos por su felicidad, acabando por caer en un letargo del que volvia á veces con la imaginacion despejada; pero recayendo en seguida en el delirio ó en

el letargo de que acababa de salir. En fin, contra la esperanza de los médicos, la juventud y la complexion robusta de Enrique triunfaron de su enfermedad, y le causaron una crisis que felizmente la terminó; pero dejándole en un sumo grado de abatimiento y debilidad. Si Enrique hubiera sido menos religioso, hubiera anelado su destruccion como un bien; pero resignado con su suerte, se conforma con el decreto de la Divina Providencia, que le dejaba sobre la tierra condenado á padecer.

Mientras Enrique luchaba entre la vida y la muerte, la suerte de Sofía acababa de sufrir la mas terrible revolucion; una noche que el Conde se entregó al sueño embebido en las mas alagüeñas esperanzas, que lisonjeaban su ambicion con la perspectiva de ocupar en breve uno de los primeros destinos del

estado, en el que confundiría á sus enemigos, que aquel mismo dia le habian colmado de adulaciones, y de muestras de respeto y consideracion; se despierta sobresaltado sintiendo un ruido sordo que no comprende, cuando ve entrar á su ayuda de cámara despavorido, que le anuncia hallarse á la puerta un magistrado, acompañado de ministros de justicia, y de numerosa escolta, que ocupan las puertas y le buscan sin dejar salir á nadie. No es decible el asombro del Conde, que se arroja del lecho, y á medio vestirse sale á recibir al magistrado respetable, que era por fortuna de aquellos que honran la magistratura con su rectitud, moderacion y bondad. Encargado de un ministerio penoso, sabia, sin faltar á él, guardar á los desgraciados aquellas consideraciones y miramientos á que son acreedores, aunque se les suponga criminales; por lo

tanto, al mostrarle la órden superior en virtud de la cual debia arrestarle, y conducirle á una prision, despues de ocupar sus papeles, supo hacerlo, mezclando palabras consoladoras y de esperanza, que dulcificasen al Conde un golpe tan cruel. No temais, le decia, si como yo espero, estais inocente, nada teneis que recelar; pues el gobierno que vela y examina la conducta de quien se le señala como criminal, proteje al inocente, y cuando descubre es perseguido injustamente, le indemniza, y confunde al calumniador; sin duda teneis enemigos que han hallado el modo de haceros sospechoso; pero esta misma medida que ahora os aflige, servirá para acrisolar vuestro honor. Estas espresiones bondadosas, y sobre todo, el interior convencimiento que el Conde tenia de que en su conducta política de nada podia recelar,

por haber cumplido siempre con su deber, le calmaron y dieron aquella serenidad que caracteriza al inocente, apresurándose sin reserva á entregar todas las llaves de sus papeles, que el magistrado tuvo cuidado de sellar; y ya se disponian á marchar, cuando la Condesa y Sofía, que se habian vestido con precipitacion, informadas de lo que pasaba, se presentan consternadas, y arrojándose á los brazos del Conde, hacen titubear su valor, y enternecer no solo al humano magistrado, sino tambien á los endurecidos ministros que presencian aquella escena de dolor: ambas quieren seguir al Conde; pero precisadas á verle partir, solo confunden sus lágrimas, y de este modo parece hallan alivio á su dolor, anelando la luz del dia para tomar noticias que las aclare el golpe espantoso que estaban tan lejos de imaginar.

La noticia de la prision del Conde, que sus enemigos se apresuraron á publicar, corrió con rapidez desde bien de mañana: asi, cuando la Condesa, llena de angustia, fue á casa de aquellas personas á quienes creyó deber recurrir, para aclarar la suerte de su esposo y apoyarse en su favor, halló un cambio tan notable en cuasi todos los semblantes, que tuvo que retirarse á su casa mas llena de mortal ansiedad. Desde que el Conde está en desgracia, parece un apestado, del cual todos se apresuran á huir; su malaventurada esposa, halla en los semblantes este duro convencimiento, y solo por acogida, frialdad y egoismo. La Condesa conocia la corte, pero su alma virtuosa no habia podido figurarse tanto grado de vileza y perversidad; solo un cortísimo número de amigos verdaderos toman parte en sus penas, y se ofrecen

á servirla en su dolor; por ellos no tardó en saber que su esposo estaba acusado de fraude y traicion, y que la malicia de sus enemigos, nada habia omitido para engañar al gobierno y dar á esta acusacion toda la apariencia de verdad: lo que mas contristaba el alma de la Condesa y de su hija, era la imposibilidad de ver al Conde, á quien estaba privada toda comunicacion; pero esta esposa virtuosa, nada omite, corre á los tribunales, importuna á los ministros, sufre el desden insultante y la humillacion de los que fundan su gloria en abatir al desgraciado; pero su paciencia no se cansa hasta obtener el arrojarse á los pies del Soberano, que la escucha enternecido y honrando sus virtudes; al paso que deja obrar á la justicia, en la formacion del proceso que se sigue al Conde, permite á su esposa é hija le visiten

y acompañen dándoles para esto la orden que las abre las puertas de la prision.

Júzguese cuánto alivio no recibirian con esto las almas de los tres; el poco tiempo que llevaba en aquel estado habia hecho en la del Conde una asombrosa revolucion; un golpe tan inesperado cuando él mas se adormecia en los proyectos de orgullo y ambicion, habia iluminado su espíritu; y las sérias reflexiones sugeridas por su infortunio, habian vuelto su alma estraviada á la senda de la virtud y de la razon. ¿ Qué se habian hecho sus proyectos, sus esperanzas y sus amigos? ¿ dónde existian los quiméricos planes fundados en la alianza del Marques de D.? Cuando tiene el placer de ver á su Esposa y á Sofia, sabe que ni éste ni su hijo las han honrado mas con sn visita, ni mandado siquiera un recado de atencion; antes ambos son los primeros que le desacreditan

con rumores injuriosos, y que se han unido á sus enemigos pora perseguirle sin piedad; en fin, todo convence al Conde de que apesar de su irreprensible conducta política y de sus servicios, la malicia de sus enemigos ha reunido tantos medios para perderle, que su fortuna, su vida y su honor estan en un eminente riesgo, si no puede aclarar de un modo auténtico la verdad; pero ¿cómo conseguirlo? La provincia de America que ha sido el teatro de sus operaciones, está á una inmensa distancia, y en un estado completo de insurreccion: todas las relaciones se hallan cortadas, no hay comunicaciones, ni puede un español europeo penetrar en aquellas regiones, sin hacerse sospechoso, y esponerse al mas eminente riesgo de perecer: algunos testigos honrados de su buena conducta encuentra en España, entre los que han

vuelto de aquellas regiones; pero son confundidos por la intriga que los persigue y hace enmudecer; por lo tánto apesar de que la mayor parte de los jueces del Conde eran íntegros y justos, su causa se dilata, y no tiene modo de hacer patente su inocencia, falto de pruebas que la pudiesen hacer brillar.

Ya he dicho que el fondo del Conde era bueno, aunque viciado por la opulencia y adulacion; asi cuando se vió abatido y sin libertad, sus primeros trasportes fueron crueles, y estuvo muy cerca de abandonarse completamente á la desesperacion; pero la religion vino á su socorro, y calmando su alma al paso que la purificaba y sostenia, corrió el velo á sus ilusiones, y le enseñó á conocer el verdadero precio de las fantasmas que le habian seducido hasta alli, sobre todo cuando su prision se abrió á su esposa

é hija, y halló en la ternura de la una y en el amor de la otra, cuantos consuelos podia anelar. Estos dos séres amables y virtuosos, habian redoblado su afecto ácia el Conde desde que le veian sufrir: la Condesa, olvidándose de su genio dominante y durezas, y Sofía de la violencia y sacrificios que ha exigido de ella: asi, despues de consolarle, animarle y dulcificar sus penas, cuando la Condesa tiene que salir de la prision (en que constantemente acompaña con Sofía á su esposo) para dar mil pasos infructuosos (aunque todos dirigidos á su alivio), Sofía se queda haciéndole compañía, y para divertir su soledad, unas veces lee, otras dibuja, y otras toca el harpa, que ha hecho conducir á la prision, y con voz dulce y espresiva, canta las composiciones que mas agradan á su padre, ó que mas analogía tienen con su

E. Roix lo grabó.

Orillas del fresno Darro.

situacion, atrayendo con su melodía á los soldados que le custodiaban, y que absortos se agolpan á la puerta, escuchando inmóviles este romance morisco, que el Conde la hacía frecuentemente repetir.

Orillas del fresco Darro,
el noble Velid suspira,
y apoyándose en la lanza,
suelta al caballo la brida.
Y dejándole que paste,
vuelve á Granada la vista,
fijando en sus altas torres
miradas enternecidas.
Sin cesar de contemplarla,
»A Dios, cara patria mia,
»la dice, pues me destierran
»de tí sin razon y envidia.
»De mis émulos no siento
»las calumnias ni malicia,

»sinó que de defenderte
»la grata ocasion me quitan.
»Y el no poder los trofeos
»suspender en la mezquita,
»ganados por este acero,
»cual antes los suspendia.
»Permita Alá que no llegue
»para tí el amargo dia
»que en defensa de tus muros
»sea mi sangre precisa.
»Que mal sabrán guarecerte
»de la cristiana osadía
»los cobardes que al valiente
»van preparando su ruina."
Calló Velid, y llamando
al caballo que paeía,
Saltó encima, y se dirige
á la costa de Almería.

¡Ah! cuántas veces al contemplar á Sofía llena de ternura y respeto ácia él, se acusa el Conde á sí mismo de cruel é injusto, por haberla separado del objeto de su eleccion; pero su situacion le obliga á ocultar estos sentimientos, contentándose con hacer interiormente la protesta de reparar las penas que la ha causado, si su inocencia se llega á aclarar; si Enrique, al que no se atreve á nombrar, no se ha hecho indigno del afecto de su hija; pero como el éxito de su causa es tan dudoso, no se atreve á hacer sobre esto la menor indicacion.

Enrique en tanto, lánguido y abatido, empezaba lentamente á convalecer, cuando viendo un dia al buen Gaspar, con un semblante que indicaba hallarse lleno de una gran pena, le pregunta, y no sin trabajo, sabe ha recibido una carta de su madre, la buena nodriza de Sofía, en que

le decia la prision del Conde, y la situacion dolorosa en que toda su familia se hallaba por esta razon. Si Enrique hubiera consultado solo su corazon, se hubiera apresurado á regresar á la córte, herido de esta noticia como de un golpe mortal; Sofía, su cara Sofia sufre, y se halla en el caso de ver espuesta su fortuna y su honor; pero Enrique sirve al Soberano, y sus deberes le fijan donde está; por lo que escribe á varios amigos de confianza, y les pide informes esactos, que no tarda en recibir, quedando convencido del estado peligroso de la causa del Conde, falto de pruebas y documentos que pudiesen aclarar la verdad. Con estas noticias Enrique no vacila, y concibe un proyecto arrojado, pero digno de sus sentimientos, y de su generoso y tierno amor: para realizarlo, seguro de la proteccion de sus gefes, de los que con

su esactitud y buena conducta, se ha hecho apreciar, solicita una licencia por un año, para salir de la península con el pretesto de evacuar asuntos del mayor interés, y asi que la obtiene, vuelve á la córte, á nadie se presenta sino en secreto, toma los datos que necesita, busca una silla de posta, y acompañado de Gaspar solamente, que sabe su designio, y que se obstina en acompañarle, apesar de cuantas instancias le hizo para que permaneciese en Madrid, se encamina á Burdeos, donde llega con felicidad. Enrique no se detiene, y volando al puerto, se informa del buque que debe dar antes á la vela para la América del Súr, y con efecto, halla un bergantin mercante de los Estados-Unidos, que debe pasar al Brasil, y que á la primera brisa, se dispone á marchar: sin reparar en el precio, Enrique y Gaspar se embar-

can, y esperan con anelo el viento favorable, que no tarda en soplar con violencia, alejándolos de Europa con prontitud.

La navegacion de Enrique fue sumamente feliz; los hijos de Eolo hinchan las velas de su ligera embarcacion, y le conduce al Nuevo-Mundo en menos tiempo que el que se necesita por lo regular; su salud no se habia resentido, apesar de las incomodidades de la navegacion, ni de su debilidad; el entusiasmo de su alma le sostiene y le forma una especie de felicidad. Él ha dejado su pátria, atraviesa los mares, y se dispone á penetrar en un pais, donde por su cualidad de español corre los mayores riesgos su vida y libertad; pero él perecerá, ó por medio de dificultades y peligros reunirá las pruebas de la inocencia del Conde, y volverá á Sofía la felicidad, la

opulencia y el honor; él conoce toda la dificultad y todos los riesgos de su empresa; pero esto mismo la hace digna de sus sentimientos y de su amor; por lo tanto, deteniéndose en el Brasil solo el tiempo necesario para proporcionarse recomendaciones, y los medios de facilitar su empresa con alguna seguridad, se dirige á su destino caminando de dia y noche sin descansar. Al fin toca los confines de la provincia en que el Conde ha tenido una suprema autoridad; y desde luego se dedica á llenar el objeto que le ha conducido hasta alli. El gobierno insurgente habia perseguido cruelmente á cuantas personas habian tenido bajo el del Rey alguna consideracion ó destino: muchas de ellas se hallaban en prisiones, otras habian perecido, y otras existian vigiladas incesantemente por un gobierno inquieto y re-

celoso de cuanto pudiese arrebatarle su mal asegurada autoridad. Enrique, apesar de los riesgos á que se espone, no duda en dirigirse á estas personas, y no obstante los temores de unas, y de las inquietudes de las otras, con su elocuencia, con sus atenciones y con sus beneficios, consigue las declaraciones mas terminantes, y las certificaciones mas auténticas de la buena conducta del Conde, de sus sacrificios y de su constante fidelidad, como igualmente de los servicios que con un celo infatigable, por la causa del Rey, habia prestado, no habiendo estado en su mano que el éxito no hubiese correspondido á sus esfuerzos ni á su buena intencion. Ya Enrique posee una cantidad considerable de los documentos mas importantes, cuando sucedió lo que era muy de temer y esperar. El gobierno insurgente, infor-

mado por sus espías de las relaciones y conferencias de un español, con las personas que eran sospechosas, y sobre las que se velaba sin cesar, entró en rececelos, y mandó conducir á Enrique y á su criado á una estrecha prision: por fortuna, temiendo esto mismo, y no queriendo perder el fruto de sus esfuerzos, aunque estos le llevasen á perecer, habia tenido Enrique la precaucion de depositar sus papeles en poder del cónsul inglés, con órden de remitirlos á España, si él, por algun incidente, no podia, al concluirse un año, regresar; con todo, no creyendo haber reunido aun bastantes pruebas para confundir á los enemigos del Conde, aprovechó su misma prision para buscarlas entre los compañeros de su infortunio, que gemian en ella como él; lo que pudo lograr sin dificultad, pues el oro que pro-

digaba, le facilitaron los medios de tener con ellos comunicacion, y de reunir las justificaciones mas victoriosas de la inocencia del Conde. »Si yo no logro la liber-»tad, se decia á sí mismo; si estoy conde-»nado á perecer lejos de mi pátria, lejos »de tí, al menos Sofía, cara y amada »Sofía, me deberás, á precio de mi vida, »la libertad y el honor del autor de la »tuya: entre tus numerosos adoradores, »solo Enrique será el que todo lo haya »sacrificado por tí, y hasta el último »momento de tu existencia te acordarás »de mí con gratitud é interés."

Estas reflexiones dulcificaban la prision de Enrique, que se prolongaba á mas de dos meses, sin que las gestiones de los estrangeros y personas del pais, á quienes habia sido recomendado, hubiesen podido ni conseguir su libertad, ni aun dulcificar su prision. Ya estaba casi

decidido á remitir á España, por medio del consul inglés, los documentos que habia reunido, desesperanzado de poderlos él mismo conducir, cuando una noche sintió abrirse su prision, y que un oficial, seguido de una escolta, le intimaba la órden de seguirle. Todo debia temerlo Enrique de un gobierno para el cual era un crímen el solo título de español; pero su alma, dotada del verdadero valor que resplandece en los peligros, se dispuso á seguirle (aunque ignoraba si sería conducido á la muerte) con una indecible serenidad. No duró mucho su incertidumbre, pues habiéndole sacado de la prision, vió habian hecho lo mismo con otros varios presos, á los cuales aseguraron iban á conducir á una pequeña ciudad, situada cien leguas á lo interior del pais. Varios movimientos populares habian hecho al gobierno re-

volucionario tomar esta medida, temiendo que estallase el descontento de muchos afectos aun al gobierno del Rey, los que para engruesar su partido, pusiesen á estos reos de estado en libertad; por lo tanto, antes que aclarase el dia ya estaban todos en camino montados en ligeros caballos del pais, seguidos de una tropilla de estos mismos, destinados á mudar los que se cansasen, y que conducian á la voz varios gauchos (nombre que se da á la gente del pais), y escoltados por un destacamento de mulatos de un aspecto sanguinario y cruel. El sol apenas brillaba sobre el horizonte, cuando ya se hallaban á bastante distancia de la ciudad, teniendo Enrique el consuelo de que seguia su mismo destino el fiel Gaspar: con todo, sus reflexiones eran dolorosas, y nada estaba mas distante de sn alma que la esperanza de su libertad,

la cual, no habiendo podido lograrse cuando estaba á la vista de aquel gobierno, y protegido por personas de consideracion, era casi imposible alejándose á un pueblo desconocido, donde su suerte á nadie interesaba, y separado de las costas por una distancia inmensa, y casi cortada por desiertos y caminos desconocidos á un estrangero, cuyo solo aspecto le diferenciaba de la gente del pais. Cara patria mia, se decía á sí mismo, quizá estoy destinado á no volverte á ver; y tú, ¡oh Sofía!, jamas me encantarás con tu angelical presencia, ni me harás dichoso con el solo eco de tu dulce voz; sobre todo, lo que mas sentia, era el no haber podido disponer la remision de sus papeles á la península; pero se proponia tomar esta medida, asi que le fuese dado hacer saber sus intenciones al consul inglés. Sin estas nubes

que oscurecian su alma, el aspecto del pais que recorria hubiera podido encantar sus ojos y distraer su imaginacion; dilatadas llanuras, conocidas por el nombre de pampas, se estendian á su vista iluminadas por los rayos del sol, y terminadas á largas distancias por dilatados grupos de altos y corpulentos bambúes, que indican las estancias, ó caserías, llamadas tambien chácaras, donde habitan las familias de los americanos, ó sus esclavos, haciendo una vida solitaria, y por decirlo asi, pastoral; pues el cuidado de sus ganados forma toda su ocupacion. Para esto, nada es mas á propósito que aquellas llanuras interminables, cubiertas de pastos crecidos, sobre los cuales se veian pacer considerable número de caballos medio salvages que, orgullosos de su independencia, á la aproximacion de nuestros viajantes, elevaban la cabeza con

altivez, sacudian la crin erizada, y arrojando por las narices una nube de espeso humo, los contemplaba por un breve rato, y relinchando con fuerza, se alejaban dando botes, seguidos de las yeguas y potros, que como formando su séquito pacian á su alredor: mas lejos divisaban reuniones numerosas de vacas, precedidas por un pintado toro, que elevando con fiereza su armada frente, los fijaba sin temor, y como persuadido de su fuerza, ni se alejaba, ni hacía mas que repetir de tarde en tarde un mujido sordo y acelerado, con el cual parecia asegurar á sus compañeras, estuviesen sin recelo bajo su pujante proteccion.

Todo el dia caminaban los prisioneros y sus conductores sin descansar, hasta que al ponerse el sol, hacian alto en la estancia mas cercana, de la cual salia inmediatamente uno de los esclavos mon-

tado en un ligero caballo, y dirigiéndose á la res mas próxima, le arrojaba con una destreza sin igual el lazo escurridizo, que manejan los naturales con suma agilidad; y enredándole en las retorcidas astas del indómito bruto, que ya persiguiendo al caballo y ginete, ya retrocediendo y haciendo vanos esfuerzos para recobrar su libertad, iba siendo conducido ácia la habitacion, donde espirando al golpe de la segur, era en un momento despojado de la piel, cortado en trozos, cubiertos de la misma grasa del animal, y puestos en asadores, que daban vuelta sobre las brasas, preparándose asi el rústico festin, que recordaba á Enrique los banquetes y sacrificios de la antigüedad.

Entre los compañeros de infortunio que caminaban con Enrique habia algunos de edad avanzada y de salud débil,

como tambien dos respetables sacerdotes, que por su amor al Soberáno y por sus virtudes, se habian hecho el blanco de la persecucion: á estos y á los otros mostró Enrique desde el primer dia, toda la bondad de su corazon, como igualmente toda la sensibilidad de su alma, unida á la mas tierna humanidad; si eran insultados ó incomodados por sus duros conductores, Enrique, con la fuerza y dignidad de un alma intrépida, aun en medio del infortunio, tomaba su defensa, y adquiriendo aquella especie de dominio que las almas grandes saben ejercer hasta en las cadenas, conciliándose el respeto de sus opresores, los contenia y hacía enmudecer: si se hallaban fatigados, Enrique les prestaba mil pequeños servicios, de los cuales solo se conoce el precio en la adversidad: si un caballo demasiado fogoso esponia á uno,

él le tomaba para sí, cediendo el suyo mas manso; y en fin, jamas perdia la ocasion de complacer, de ser útil y de hacer bien; sobre todo, se esmeraba en mostrar respeto y consideracion á los dos ministros venerables de la religion, empleándose en su obsequio con mas particularidad, y mostrando, en el respeto que tributaba á sus sacerdotes, el que su alma rendia á la Divinidad: asi, es fácil de conocer habia logrado desde luego hacerse amar de todos, hasta de sus conductores, que le tributaban aquel respeto involuntario, que inspira el mérito verdadero y la virtud.

Cinco dias llevaban ya de marcha no interrumpida, cuando al acercarse la hora de hacer alto, descubrieron una estancia que mostraba desde lejos ser de una persona de consideracion, que se habia complacido en hermosearla unien-

do el gusto á la comodidad: los bambúes que la rodeaban, estaban colocados con simetría y regularidad, dejando ver la hermosa fachada de la casería iluminada por los últimos rayos del sol. »Bella noche nos espera (esclamó el gefe de la tropa, acompañando con un juramento su esclamacion); la estancia que descubro, es de la prima de nuestro primer ministro, la viuda mas linda y mas rica de nuestro pais; su generosidad iguala á su riqueza, y seguramente esta noche estaremos tan bien ó mejor que en la ciudad." Al decir esto, Enrique vió que por un camino que venia á terminar en el que seguian, se acercaban varias personas á caballo, entre las cuales se divisaba una muger montada á la inglesa en uu soberbio alazan; su vestido era de color de ceniza, sujeto con un cinturon negro, pren-

dido con una evilla de oro; un sombrero tambien negro con plumas del mismo color, cubria su cabeza, sin ocultar el rostro, en el que se distinguia una belleza nada comun. La hermosa americana, mostraba tener veinte y cinco años á lo mas; y al llegar al escuadron que formaban los presos y su escolta, acreditó saludándolos á todos del modo mas afable, que tenia tantos atractivos como urbanidad. El gefe de la tropa (que al verla acercarse habia dicho era la dueña, de la estancia), se bajó del caballo, y acercándose á ella, con las mayores muestras de respeto y sumision, la pidió permiso para descansar en su posesion aquella noche, con los presos que conducia de órden del gobierno á lo interior; permiso que obtuvo sin dificultad de aquella dama, la que diciendo iba á dar sus órdenes al efecto, se adelantó al

galope, dejando á todos admirados de la destreza y maestría con que conducía al fogoso animal; que mordiendo el freno, respetaba la blanca mano que refrenaba su impetuoso ardor.

Cuando Enrique y sus compañeros llegaron á la estancia, la bella americana habia dejado su caballo, y estaba á la puerta esperándolos, y habiendo hecho a sus esclavos proporcionasen á la escolta y gentes de poca consideracion alojamiento y refrescos, mientras se preparaba una cena abundante, se hizo seguir del gefe y de todos los presos de alguna distincion hasta una hermosa habitacion, donde los sirvieron el mate (especie de bebida equivalente entre nosotros al té), y gran cantidad de frutas y pastas, que una porcion de esclavas negras, perfectamente vestidas, les presentaban en tazas y bandejas de plata, en que compe-

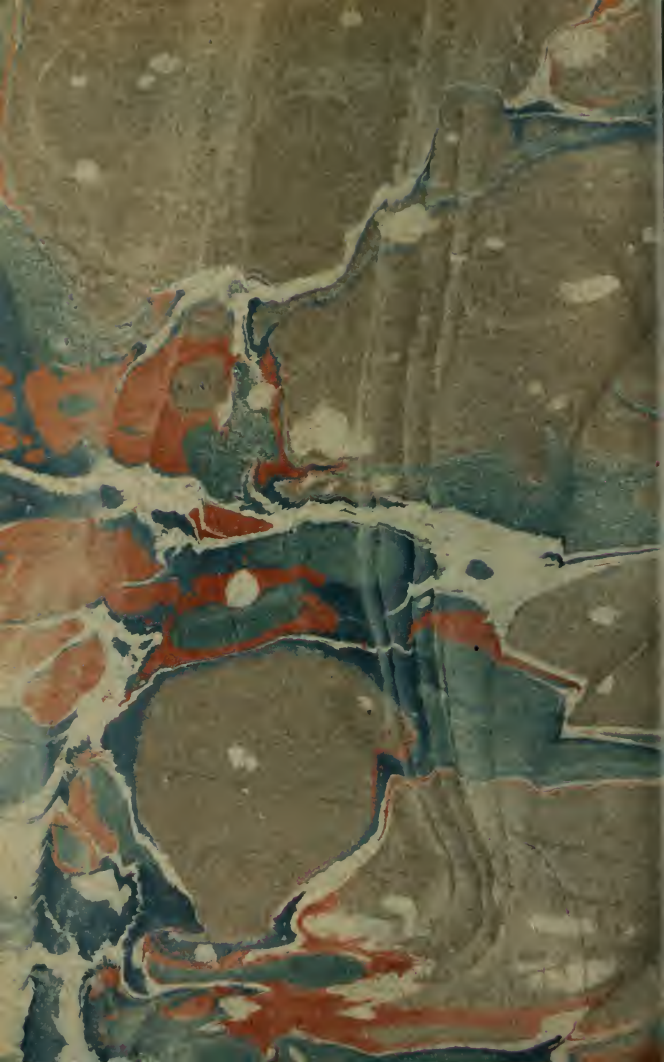
tia la riqueza con el primor. Apenas acabaron, les convidó á dar una pequeña vuelta por su posesion, mientras se preparaba la cena y acababa de oscurecer, lo que todos aceptaron encantados de la amable bondad de aquella dama, que los condujo á un hermoso jardin, donde se empezaron á pasear guiados por ella, que caminaba apoyada en el brazo, que Enrique le ofreció con aquella política propia de su nacimiento y educacion. Ya trataban de retirarse, cuando un imprevisto accidente causó á todos un amargo pesar, pues un corpulento mastin, que seguia al gefe de la escolta, habiéndose acercado á la bella americana y sido ligeramente pisado por ella al pasar, se vuelve con prontitud, y arrojándose con su natural ferocidad, la hubiera lastimado gravemente, si Enrique, advirtiendo su peligro (é impulsado de

aquella generosidad é intrepidez que le era característica), no se hubiera interpuesto, recibiendo en un brazo la herida cruel que la amenazaba. Todos acudieron al momento, haciendo huir al irritado mastin, y socorriendo á Enrique, cuya sangre corria con abundancia; sin que se le notase la menor conmocion, al paso que la linda Cecilia, que asi se llamaba aquella dama, pálida y sobrecogida no sabia cómo mostrarle su interés y gratitud. Un negro, hábil en hacer curas al uso de su pais, fue llamado al instante, y reconociendo la profunda herida, declaró, que aunque de alguna consideracion, no presentaba peligro, á no ser el que podia temerse de la misma cólera del animal; por lo que era de parecer, para precaver este riesgo, se acudiese al violento remedio de cauterizarla con fuego, lo que absolutamente disiparia todo

temor. Enrique, con una intrepidez suma, se preparó á la dolorosa operacion, que sufrió sin proferir un quejido; y ocupando en seguida un lecho magnífico (que por ceder á las instancias de Cecilia, que le habia hecho preparar, tuvo que admitir), pasó una noche cruel entre los mas acerbos dolores, que le ocasionaron una poca de calentura: al dia siguiente, que era en el que debia continuar su marcha, su estado no se lo permitió, ni Cecilia lo hubiera podido consentir; asi, llamando al gefe de la escolta, y valiéndose tanto de su influencia, como prima del primer ministro, é igualmente del oro que hizo brillar á sus ojos, logró que concediese, tanto á Enrique como al honrado Gaspar, el permanecer en su estancia hasta la totol curacion del primero, prometiendo conseguir al efecto una órden de su pa-

riente, que le pusiese á cubierto de toda responsabilidad. Con efecto, todos los demas marcharon llenos de amargura, por perder la compañía de Enrique, del cual se despidieron, dándole mil muestras de afecto é interés; y él se quedo asistido por la reconocida y generosa Cecilia, que no perdonó medio para su alivio y curacion.

Fin del tomo primero.



323167

Author Maturana de Gutiérrez, Vicenta LS
M4457s

Title Sofía y Enrique. Vol. 1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 13 05 08 020 8